



# MÁRTIRES DEL SIGLO XX

Máximo Astrua

Ale  andriæ  
.org

**Biblioteca de formación para católicos**

DON MÁXIMO ASTRUA

# LOS MÁRTIRES DEL SIGLO XX

*«También a vosotros os perseguirán» (Jn 15,20)*

Traducción del original italiano:

Pbro. Lic. VICTORINO ORTEGO,

Párroco emérito de San José



## Índice

**1ª. Parte: «No es lícito ser cristiano».**

**2ª. Parte: Los Mártires de los primeros tres siglos.**

**3ª. Parte: Los Mártires cristianos del 313 al 1900.**

1. El Islam contra el África cristiana (siglo VI-IX).
2. La Revolución Francesa (1789-1801).

**4ª. Parte: Los Mártires cristianos del siglo XX.**

1. Los Mártires de la Masonería en México (1911-1940).
2. Los Mártires de los comunistas en la Unión Soviética (1917-1990).
3. Los Mártires de los comunistas en Ucrania (1917-1990).
4. Los Mártires del comunismo en España (1931-1939).
5. La heroica resistencia de la Lituania católica (1940-1987)
6. El martirio de los cristianos en Rumania (1948)
7. El gran exterminio nazi (1937-1945)
8. Polonia heroica (1939-1989)
9. La Hungría del Cardenal Mindszenty (1939-1989)
10. La Checoslovaquia de José Berán.
11. Albania: el estado más ateo del mundo (1944-1989).
12. La Bulgaria del beato Eugenio Bossilhov (1945-1989)
13. La Croacia del beato Stepinac.
14. La Iglesia mártir de Armenia (1914-1918).
15. La tragedia de los cristianos del Sudán (siglo XX).
16. China: una innumerable multitud mártir (1900-2000).

**Conclusión.**

*«Callar la verdad es algo más vil que decir una mentira. Porque la mentira que se dice puede ser refutada, mientras que la verdad callada queda sepultada en el silencio». Entre las grandes verdades calladas (¿a propósito?) por los diarios, los medios de comunicación, los debates históricos, en los colegios y –es doloroso decirlo– también en el ámbito homilético y catequético dentro de la Iglesia, está la persecución de los cristianos del siglo XX, que abarca exactamente desde el año 1900 al año 2000.*

*Todos conocemos las persecuciones de los tres primeros siglos de la Iglesia (desde Nerón a Diocleciano, durante las cuales dieron su vida por la fe en Cristo 7.700.000 (siete millones setecientos mil) mártires, pero no sabemos nada de los 45.500.000 (cuarenta y cinco millones quinientos mil) mártires cristianos matados en un solo siglo (el siglo recientemente transcurrido, en el cual hemos nacido y vivido) a un término medio de 1.250 mártires al día, o sea de 52 mártires cada hora, de un mártir cada minuto señalado en nuestros relojes.*

*Este pequeño libro quiere contribuir a romper «el vergonzoso silencio» y a «abrir los ojos» (y la inteligencia) de quienes tendrán la dicha de leerlo. No ha sido posible decirlo todo, pero aquello que se dice es verdadero, terriblemente verdadero.*

*¡En la esperanza de que en nuestros corazones reviva aquel orgullo cristiano que podría (debería) hacernos partícipes del sacrificio de los mártires y de su testimonio a favor del Señor Jesús en el mundo!*

## 1ª. PARTE:

### «NO ES LÍCITO SER CRISTIANO».

El principio, falsamente jurídico, que en el tiempo de Nerón justificaba la muerte de los cristianos era el dicho: «*Christianos esse non licet*» («no es lícito ser cristiano»). Sin embargo, muerto Nerón y los emperadores que de él heredaron el «hobby» de la persecución, el maldito aforismo continuó en rigor; entró en las leyes de muchos Estados, en la mente sofisticada de los filósofos, como Voltaire y Marx, y en la mente morbosa de los dictadores como Stalin, Hitler, Mao y Pol-Pot, tomando cada vez más forma de atrocidad y crueldad siempre más inhumanas.

Es cierto que Jesús ya había preparado a sus discípulos para la persecución: «*Me han perseguido a Mí y os perseguirán también a vosotros*» (Jn 15,20), pero eso no quita en nada que los perseguidores sean asesinos y que los Cristianos sean víctimas inocentes de una injusticia inaudita.

Afrontando con temor y valor la muerte por no negar a Cristo o sufriendo torturas y la muerte a causa de su fe personal en Él (esto es lo que los hace Mártires Cristianos) los escuadrones de los Mártires se ha multiplicado a través de los siglos casi sin interrupción. La historia nos presenta cifras espantosas: *los cristianos martirizados durante los veinte siglos de su historia (desde el año 37 después de Cristo hasta el año 2.000) son más de 70 millones*. Si dividimos esta cifra por veinte siglos, tenemos un término medio de *3.500.000 por siglo*, cifra que en cada siglo aumenta o disminuye (como veremos) en proporción del aumento o disminución del odio perseguidor.

Y empezamos –en la parte segunda y tercera– a dar un vistazo a las más conocidas persecuciones contra los cristianos, que han precedido al siglo XX, empezando por las realizadas en los Circos y en las Catacumbas, por obra de los Emperadores romanos, durante los tres primeros siglos de la Era Cristiana.

## 2ª. PARTE: LOS MÁRTIRES CRISTIANOS DE LOS TRES PRIMEROS SIGLOS.

En los tres primeros siglos del Cristianismo, o sea, desde las persecuciones judías y romanas hasta el *Edicto de Milán* del año 313 (con el cual Constantino y Licinio concedían al Cristianismo la libertad de culto) las víctimas se distribuyen así:

En el año 40: mil Mártires. / En el 50: 1.400 Mártires.

En el 150: 40.500 Mártires. / En el 200: 217.800 Mártires.

En el 250: 1.171.000 Mártires. / En el año 300: 6.299.000 Mártires.

**Total:** 7.730.700 durante los tres primeros siglos, o sea: 2.570.000 por cada siglo.

Pero consideremos ahora de un modo más detallado, lo que sucedió en estos tres primeros siglos: la persecución de los cristianos comenzó pronto en Jerusalén con la muerte de Esteban y el Apóstol Santiago. Luego, todos los Apóstoles (excepto San Juan) morirán Mártires por Jesús y, con ellos, miles de cristianos, hombres, mujeres y niños.

En Roma, en el primer siglo, el loco Nerón acusa a los cristianos del incendio de Roma (realizado por él mismo) y por tres largos, interminables años (del 64 al 67) crucificó en el Circo y en las laderas de la colina del Vaticano a todos los cristianos que logran apresar. En esta persecución sufrieron el martirio los mismos Apóstoles Pedro y Pablo, el primero, crucificado, el segundo, decapitado.

Con Domiciano (95-96), la presencia de los Cristianos fue vista como un ofensa a la religión oficial de Roma, considerada como base de la unidad de todo el imperio.

Por esto, ¡debían ser eliminados! Pero, ¡fenómeno imprevisible! El contagio de Cristo, Verdad y Amor, se extendió sobre las olas de la persecución; cosa que Tertuliano explicará con la famosa sentencia: «La sangre de los Mártires es semilla de nuevos cristianos» (*Apologético* 50,13).

La primera persecución del siglo II fue ordenada por Trajano, cuyas víctimas más ilustres fueron el Papa San Clemente (segundo sucesor de San Pedro) y San Ignacio de Antioquia, que fue arrojado en comida a los leones del Circo, ante los ojos sádicos de un público delirante de odio.

Las persecuciones de Adriano (117-138) y de Antonino Pío (138-161), aunque dirigidas contra los judíos, que se habían revelado contra los romanos, dirigidos por Bar Cocheba, de hecho se volvieron también contra los cristianos, que los emperadores romanos en aquella época confundían aún con los judíos.

La persecución de Marco Aurelio (161-180) se desencadenó en 177 en Lión. Fue violentísima. Célebre quedó el martirio de Santa Blandina.

Con Septimio Severo (193-211) la persecución cambió el sistema: se pasó a la búsqueda oficial de los convertidos al Cristianismo. El que era sospechoso o denunciado de ser cristiano, era llevado al juicio y obligado a elegir entre la apostasía y la muerte. Las víctimas fueron innumerables.

En el siglo III la persecución contra los Cristianos explotó violentamente con sólo Maximino (235-238) y después Decio (249-251) realizaron verdaderamente persecuciones de exterminio. El terror, desgraciadamente, indujo a muchos cristianos a renegar de Cristo: fueron los llamados «lapsi» o sea caídos en la herejía. Con Decio las víctimas superaron el millón. Después vinieron Valeriano (253-260), Aureliano (270- 275) y, finalmente, Diocleciano (284-305), el cual se lleva la palma del terror y la crueldad. Él practicó una verdadera «caza al hombre»: en Roma, ya sea en los mercados, como en las fuentes de agua, hizo levantar altares a los dioses paganos, sobre los cuales debían sacrificar (lo que equivalía renegar de Cristo) antes de comprar cualquier cosa o llevar agua. El catálogo de las víctimas es inagotable: ¡las cifras más admitidas superan los seis millones! Muchos de estos procesos, torturas y muertes por la fe en Cristo han sido descritos con todos sus detalles particulares por testigos oculares y recopilados en las llamadas «Pasiones», y en un libro que todos deberían leer: *«Las actas de los Mártires»*.



### 3ª PARTE: LOS MÁRTIRES CRISTIANOS

DESDE EL AÑO 313 AL 1900.

Desde el otorgamiento de la libertad al Cristianismo (año 313) hasta el 1.900 (¡Atención: no hasta el 2.000! De este último siglo hablaremos más adelante, en la IV parte).

La persecución contra los cristianos continuó, ya abiertamente, ya disimuladamente. En estos 16 siglos los cristianos sacrificados por la propia Fe fueron 24.500.000, sí ¡veinticuatro millones quinientos mil! Número dividido por 16, arroja un promedio de 1.531.000 mártires cada siglo. Ahora es imposible recordar (como se lo merecerían) a todos los mártires de estos siglos: haremos sólo una reseña de dos grandes persecuciones anticristianas: la desencadenada por el Islam, entre los siglos VII y XII, y a la provocada por la Revolución Francesa en 1789.

#### 1. La conquista islámica del África Cristiana (siglos VI-XI).

La «medialuna» islámica se parece más a una cimitarra que al pálido planeta del cielo. Fue el mismo MAHOMA –y después los Califas, sus sucesores, muy experto a manejarla con desenvoltura, en nombre de *Allah* al cortar la cabeza de los judíos y de los cristianos que rehusaran renegar de su Fe en Dios y en Cristo– a lanzar los «caballeros de Allah» a la conquista de los pueblos «idólatras» (los no musulmanes) (*Corán* 2, 216 y 9, 5). Y «de los pueblos del Libro (los judíos y los cristianos) (*Corán* IX, 29: «Matadlos en donde los encontréis (*Corán* 191) porque no los habréis matado vosotros, es Allah el que los ha matado» (*Corán* VIII, 17). Estos delirantes principios (que para un musulmán son reglas obligatorias de conducta) constituyen el fundamento de la así llamada «Jihad», o guerra santa que, evidentemente, «matadlos, exterminarlos», no es, como algunos piensan, un combate contra las pasiones desordenadas, sino una guerra armada contra el que no es musulmán. «La comunidad islámica –escribe un conocido intelectual islámico, Abd al-Rohman ibn Muhammah Ibn Haldun– la

guerra santa es un deber obligatorio a causa del carácter universal de la misión del Islam y de su obligación de convertir a todo el mundo, quiéralo o no... Las otras Comunidades religiosas no tienen este carácter universal y la guerra santa no es para ellos un deber obligatorio, como en el caso del Islam». Mahoma mismo conquistó con las armas toda la península arábiga y, a su muerte, sus sucesores los Califas, con rapidez inimaginable invadieron la Mesopotamia y la Persia; después, volviéndose al norte, tomaron Gaza, donde los soldados cristianos prefirieron la muerte a la abjuración. El 20 de Agosto del 635 (sólo tres años después de la muerte del Profeta) capituló Damasco y, en 638, Jerusalén. El Califa Omar ponía así bajo el dominio islámico la ciudad de los judíos y de los cristianos. En este tiempo surgió en el Islam la idea, según la cual, la tierra está dividida en dos partes: «La Casa del Islam (Dar al-Islam)» y la «Casa de la guerra (Dar al-Harb)», o sea toda aquella parte del mundo todavía no islamizada, en la cual el Islam debe imponerse con la fuerza de las armas. Fue así como las cimitarras de Allah se extendieron hacia Egipto y el Norte de África, territorios cristianos desde siglos donde, al comienzo del siglo V, ¡habían ya setecientos Obispos! Lugares que habían dado a la Iglesia numerosos santos y doctores como Atanasio, Cirilo y Agustín, y donde los cristianos, atacados por las hordas musulmanas, no tuvieron otra elección que huir o hacerse matar, si querían permanecer fieles a Cristo, pero donde, desgraciadamente, otros cristianos, para salvar la vida, renegaron de la propia Fe. De cualquier modo, con respecto a los cristianos, el Islam se mostró como ave de rapiña: no buscó la conversión enviando pacíficos misioneros, sino lo impuso con la invasión militar y con las leyes insoportables, favorecido también por las divisiones internas de los cristianos.

Continuando con su guerra santa, en el 698, los musulmanes conquistaron Cartago y, en 711, al mando del islámico Tarik, atravesaron el Estrecho de Gibraltar e invadieron España. Cayeron así, una tras otra, las ciudades de Sevilla, Córdoba y Toledo. El noventa por ciento de España quedaba ya sometido al Islam y ¡quedará así sometida durante cinco siglos!

*¿Cuántos fueron los mártires cristianos de la invasión musulmana?*

Es difícil decirlo con exactitud. Pero sabiendo que el promedio de los mártires, en los siglos que van desde el 313 al 1900 es de alrededor de un millón y medio por siglo, podemos sostener que en los siglos de la conquistas islámicas, los mártires fueron muchos millones, aunque ignorados por los historiadores y hoy olvidados por todos.

## 2. Los Mártires de la Revolución Francesa

(1789-1801)

El 14 de Julio de 1789, la heroica (es un decir) toma de la Bastilla de parte de los revolucionarios fijó el comienzo de la persecución más cruel del siglo XIX contra la Iglesia de Francia, persecución legal y cruenta, que durará por diez años. La «Bastilla» era una antigua fortaleza-prisión, donde el gobierno real encerraba a ladrones y criminales, custodiados por una pequeña guarnición de soldados.

Cuando los revolucionarios la «atacaron» (la batalla fingida terminó en pocas horas sin víctimas) se encontraron reclusas sólo siete personas, cuatro falsificadores, dos locos y un depravado sexual, encerrado a pedido de su propia familia, pero ningún detenido político. Su liberación pasó a ser un símbolo de la revolución y dio «vía libre» a la libertad (*liberté*) del pueblo ¡de la tiranía clerical y monástica!

Es un hecho histórico que la Revolución Francesa fue, desde el principio, desencadenada *contra la Iglesia*, más bien que contra la nobleza. Dan prueba de ello las numerosísimas publicaciones anticatólicas (y no todavía antimonárquicas) que se difundieron durante el periodo de preparación de los Estados Generales republicanos entre 1788 y 1789. En estos años la Revolución consiguió dividir al Clero en «Fieles a la Iglesia» y «Fieles a la Revolución». El 2 de noviembre de 1789, el Estado confiscó los bienes de la Iglesia; el 13 de febrero de 1790 suprimió las Órdenes Religiosas y el 12 de julio proclamó la *Constitución Civil del Clero*, de inmediato condenada por el Papa Pío VI, con la Bula del 10 de marzo de 1791. En febrero de 1798 el Papa fue arrestado y deportado a Francia, donde morirá el 29 de agosto del año siguiente. El 10 de noviembre de 1793 el Culto cristiano fue abolido por ley y sustituido por el culto

de la diosa razón y de la naturaleza (ateísmo de Estado). Pero ya en julio de 1792 se habían iniciado las verdaderas masacres, durante las cuales cerca de 40.000 sacerdotes, fieles a la Iglesia, fueron encarcelados, deportados y guillotinos. La carnicería continuará feroz por tres años, hasta octubre de 1795, años que pasaron a la historia como «*los años del terror*».

En París y en las principales ciudades de Francia se levantaron centenares de guillotinas, «la navaja nacional», como gustaban llamarla los revolucionarios, que cortaba las cabezas del Clero, de la nobleza y de los fieles de la Iglesia y las arrojaban cubiertas de sangre, a los tachos de basura. Entre estas cabezas el 21 de enero rodará también la del rey Luis VI, y en octubre, la de la reina María Antonieta.

Pero, al oeste de Francia había una región poblada por ciudadanos firmemente arraigados en la fe cristiana, que no estaban dispuestos a aceptar los atropellos de los revolucionarios, y menos la amenaza del exterminio de sus Sacerdotes. Esta región se llama «*La Vandée*». Ya desde 1792, viéndose amenazados por un poderoso ejército revolucionario, los vandeos se habían organizado militarmente en las Parroquias, decidiendo hacer frente a la injusticia. La verdadera guerra comenzó en marzo de 1793, en S. Florent le Viril, bajo la guía de un vendedor ambulante, el joven Chatelineau. La lucha se desarrolló sumamente áspera durante nueve meses con distintos resultados hasta que en el mes de septiembre, atacados por un ejército regular armado de fusiles y cañones, al mando del general Westerman, llamado «el carnicero de los Valdeanos», los Valdeanos fueron derrotados en la batalla de Savenay. Entonces el mundo entero presenció la venganza de los «libertadores»: *el genocidio de un pueblo cristiano, ¡precisamente por ser cristiano!*

El Ministerio de la Guerra envió a La Vandée material combustible de toda clase para incendiar los bosques cercanos para impedir que los vencidos encontrasen refugio. Se recogieron todas las cosechas y fueron entregadas al ejército. Todos los animales fueron requisados, igual que los bienes de los rebeldes (casas, campos, iglesias, etc.), declarándolos «propiedad de la República».

Robespierre no toleró debilidad: «Es necesario aplastar a los enemigos del pueblo con el terror; es necesario que los sediciosos de La Vandée sean exterminados»; «La Vandée debe convertirse en un cementerio nacional». Especialmente eran buscadas las mujeres y matadas en el acto, como «gérmenes reproductores de monstruos». Para exterminarlos se usaron también medios químicos, como envenenar las aguas con arsénico, o también el aire arrojando gases venenosos inventados por el farmacéutico Proust. Puesto que los Valdeanos a matar eran tantos y porque las balas costaban mucho, se dio la orden de usar la bayoneta o la guillotina, «la navaja nacional», «el molino del silencio», «la santa madre de la revolución». Pero el número de los Valdeanos apresados crecía de día en día. Se instituyeron entonces las llamadas «antecámaras de la muerte», especie de campos de concentración, donde se amontonaban los hombres, mujeres y niños en espera de ser eliminados. Como documenta un libro escrito en el tiempo de los hechos y escrito no por un vandeano perseguido, sino por un perseguidor que no ha podido callar la crueldad vista, considerado el padre comunismo, que en su libro «*La Guerra de La Vandée y el sistema de despoblamiento*», especialmente en las páginas 119-136, nos revela una genial invención para acelerar el trabajo del exterminio del pueblo: el de ahogar a individuos o parejas, llamadas sádicamente «matrimonios republicanos» o también colectivos. El procedimiento de éstos era muy sencillo. Se amontonaba la carga humana en una embarcación vieja que se hacía volar a pedazos a disparos de cañón: el agua inundaba la barca en pocos minutos todos morían ahogados. De quien se sospechaba que sabía nadar, previamente se le cortaban los brazos. Esta operación era llamada «bautismo patriótico» y generalmente se realizaba en el Loira, que era denominado por burla «la gran copa de los criminales». Pero no para aquí todo. El comisario Lequin, que asistió personalmente a las masacres, aseguró: «La violencia carnal y la barbarie más extrema se encuentra por doquier. Se ha visto a militares republicanos violar a mujeres rebeldes sobre montones de piedras, junto a las grandes avenidas y después matarlas con el fusil y con el puñal; se ha visto a otros atravesar con la bayoneta, de un solo golpe, a la madre con el niño». Algunos niños de pecho eran arrancados de los brazos de su madre, que no querían entregarlos a los

soldados e inmediatamente crucificados, clavados a las puertas de la casa. Según el Oficial de la Policía republicana Gannet: «Se hacían encender los hornos en los cuales, cuando estaban bien calientes, se arrojaban a las mujeres y a los niños». Frente al castillo de Clisson, el 5 de abril de 1794, los soldados del general Crouzat quemaron a 150 mujeres para extraer barriles de grasa: «Hacíamos pozos en la tierra –explica uno de los soldados– para colocar calderas y poder recibir lo que caía: Habíamos puesto barrotes de hierro y sobre éstos a las mujeres». Esta grasa estaba destinada a los hospitales de Nantes y a los militares.

En Angers se arrancaba la piel de las víctimas. Pecquel, cirujano mayor del 4º batallón general ordenó que «las cabezas de todos los malhechores (los católicos), muertos sobre las murallas de esta ciudad sean cortadas y partidas y después expuestas sobre las murallas». El General Turreau, con orgullo y gozo no disimulado redactó este informe final de las operaciones: «Se tendrá que caminar mucho por estos lugares, antes de encontrar un hombre o ni siquiera una casa. Hemos dejado atrás de nosotros solamente cadáveres y ruinas». En cuatro años de resistencia (1791-1795), en los ríos y en los campos de La Vandée (según Channu) quedaron 250.000 cuerpos de hombres, mujeres y niños matados sólo porque querían permanecer fieles a Cristo, número que corresponde al treinta y dos por ciento de una población de 815.000 personas. ¡Un verdadero genocidio! Sin contar los millones de católicos, matados en todo el resto de Francia, cuyas cabezas eran llevadas en triunfo por los revolucionarios por las calles de la ciudad, clavadas en largas lanzas, al grito de «unidad, libertad, igualdad».

Ésta fue, en realidad, la Revolución Francesa, exaltada por los historiadores ideologizados como una de las páginas más gloriosas de la humanidad y, como tal, presentada aún hoy en los textos escolares de nuestros niños.

A los que desean documentarse sobre todo lo expuesto le sugerimos la lectura de los importantes estudios históricos, como el ya citado «La Guerra de La Vandée» de Graccus Babenf. Pero especialmente, por lo exhaustivo de la documentación, «*Le genocide Franco Français. La Vandée*», de Reynal Sechel.

#### 4ª. PARTE:

### LOS MÁRTIRES CRISTIANOS DEL SIGLO XX.

En su reciente libro «*Los nuevos perseguidos*» (en las páginas 32 y siguientes) Antonio Socci cita datos proporcionados por el Prof. David Barret (y colaboradores), en la segunda edición de «World Christian Encyclopedia», relacionados con *la explosión de la persecución anticristiana que se ha verificado en los últimos cien años, desde 1900 al 2000.*

Como hemos dicho en la Primera Parte, el total de los Mártires Cristianos matados durante los veinte siglos de la historia de la Iglesia fue alrededor de setenta millones. Y bien, de estos setenta millones de Mártires, 45.500.000 (que corresponden al 65% del total) han sido martirizados en este último siglo nuestro, desde el año 1900 al 2000. Lo cual quiere decir que el promedio de los Mártires por cada año de este siglo sube vertiginosamente, alcanzando la cifra de 45.000.000 en cien años: un promedio increíble de 455.000 Mártires por año, ¡igual a 1250 por día!

Si quisiéramos imaginarnos este enorme paso adelante del número de los mártires Cristianos en los veinte siglos de su existencia, tendríamos un dibujo sorprendente, y sin embargo correspondiente a la dura realidad, ¡con la cumbre en el siglo XX! ¡Cuarenta y cinco millones de Mártires!

Este aumento tan grande de cristianos martirizados en el siglo XX, no puede explicarse si no se admite una intervención poderosa y extraordinaria de Satanás en la lucha contra la Iglesia. Prueba de ello es que Satanás, hoy como nunca congrega contra Cristo y sus fieles las fuerzas más dispares y contrarias: filósofos idealistas y materialistas; historiadores desinformados y escritores que falsifican, por sistema, la verdad histórica; dictadores de derecha (Hitler) y dictadores de izquierda (Marx, Lenin, Stalin, Mao, Pol-ot, etc.; masonería, musulmanes fundamentalistas fanáticos, sectas anticristianas y anticatólicas; difusores de pornografía y drogas; defensores de leyes abortivas, votadas por pueblos cristianizados, en contra de la vida de sus mismos hijos...

Porque no es posible mencionar todos los Mártires del siglo XX, nos limitaremos a recordar en esta cuarta parte, las principales persecuciones, comenzando por la persecución masónica contra los Cristianos de México.

## 1. Los Mártires de la persecución mexicana (1911-1940)

La persecución contra los Cristianos de México comenzó desde los primeros años de 1900 por obra de varios gobiernos masones y socialistas, pero alcanzó su máxima violencia entre los años 1926 al 1929. El número de los mártires fue incalculable. Fue tan cruel que Pío XI la comparó a las de los primeros siglos cristianos. Se inició con la promulgación de leyes que prohibían toda actividad religiosa pública fuera de las iglesias; después se pasó a la confiscación o destrucción de todos los edificios eclesiásticos: iglesias, escuelas, hospitales, hogares, etc. Por consiguiente se desencadenó una verdadera y propia «*caza al cristiano*», o sea, a los Sacerdotes y a los pobres campesinos, cuya única riqueza era la fe y el amor a Cristo. Es de notar que el catolicismo mexicano no fue reaccionario ante los cambios sociales, ni dio motivo a la persecución. *El Catolicismo mexicano fue condenado al exterminio por odio a la Religión, precisamente por ser católico.* Así fue que después de una decena de años de insoportables atropellos, los pueblos ya desesperados, decidieron organizarse en defensa de la propia fe. Este movimiento armado fue llamado «*Cristiada*», palabra que se deriva de Cristo y sus adherentes «*Cristeros*» y combatían y morían al grito de «¡Viva Cristo Rey!»

Conviene saber que esta tentativa de defensa armada de la Religión nació espontáneamente del pueblo y nunca fue apoyada por la Jerarquía Católica, ni los sacerdotes, los cuales, sin embargo, continuaron ocultamente cumpliendo su ministerio, arriesgando su vida. Muchos sacerdotes fueron arrestados cuando se dirigían a celebrar la Misa, desafiando la prohibición. Algunos murieron en el momento en que tenían las Hostias consagradas en la boca para sustraerlas de la profanación.

El fusilamiento de los Cristeros se realizaba con frecuencia, en el lugar de la captura, sin proceso y sin posibilidad de defensa.



La figura que más se destaca de la larga persecución mexicana fue el joven jesuita Miguel Agustín Pro, matado por los milicianos del gobierno el 23 de noviembre de 1927 y beatificado por Juan Pablo II el 25 de septiembre de 1988. Este sacerdote unía a una profunda fe en Jesús, un valor poco común y un temperamento alegre, que le sirvió mucho para escapar de la caza de la Policía. Para llevar la Eucaristía o administrar el Sacramento de la Confesión «a sus fieles» (entre los cuales no hacía distinción entre pobres y ricos, ni religiosos o también comunistas), llevaba siempre al cuello la teca con las Hostias consagradas y el crucifijo: «Esta es mi arma –decía– con ella no temo a nadie». Gustaba disfrazarse de obrero, panadero o también hombre del mundo y, si lo detenía la Policía, salía airoso con bromas que hacían reír a carcajadas a sus divertidos amigos. Toda esta actividad apostólica la nutría con una continua y devota oración. Cuando celebraba la Misa (ordinariamente en casas particulares) su unión con Dios llegaba a una gran intimidad en el amor y recibía la fuerza de proseguir una nueva jornada de «trabajo». Finalmente llegó la última. En noviembre de 1927 hubo un atentado contra una persona política mexicana. Porque un coche usado por los autores había pertenecido en años anteriores a la familia Pro, el gobierno no quiso perder la ocasión de encarcelar al Padre Miguel y a su hermano Humberto, a pesar de que eran totalmente ajenos al hecho. Sin ninguna prueba, sin ningún proceso, los dos hermanos fueron condenados a muerte. En la mañana del 23 de noviembre el P. Pro fue trasladado de su celda al lugar de ejecución. Durante el trayecto, un policía se le acercó y le pidió perdón. Junto al polígono de tiro, y conducido hasta el muro agujereado por los proyectiles de las numerosas ejecuciones anteriores, el P. Pro expresó el deseo de poder rezar un minuto antes de ser fusilado. Se le concedió. Entonces se arrodilló y se encomendó a Jesús y a María, ofreciendo su vida por la salvación de su pueblo y también por sus perseguidores. Después el condenado se levantó, se acercó al muro y volviéndose hacia los soldados, les dijo algunas palabras de perdón. Luego extendió los brazos en forma de cruz y cuando el pelotón apuntó hacia él sus fusiles, pronunció por última vez, con voz clara y fuerte, el ideal de toda su vida: ¡Viva Cristo Rey! Después sólo se oyó

la descarga de la fusilería y la caída de un nuevo mártir cristiano. La misma suerte le tocó a continuación a su hermano, Humberto.

Puesto que el feroz presidente Calles había dispuesto que se diese a publicidad esta ejemplar ejecución, fueron admitidos a ella numerosos periodistas y fotógrafos. Cuando los cuerpos fueron restituidos a la familia, el anciano padre ordenó a todos que no lloraran. Una docena de policías pidieron poder entrar en la casa donde se pusieron de rodillas a orar. Los funerales fueron un triunfo del pueblo. A la salida de la casa paterna uno gritó a la gente allí agrupada: «¡Abrid paso a los mártires!» La gente se apartó en silencio y el féretro pudo ser sacado afuera, mientras una inmensa muchedumbre, alineada a lo largo de las veredas, al pasar los Mártires, gritaba sin miedo, ante la mirada impotente y atónita de los policías, ¡Viva Cristo Rey! El cortejo fúnebre fue acompañado por más de 500 automóviles y alrededor de 30.000 personas: jamás en México se vio semejante triunfo. La sangre de los Mártires fue realmente semilla de nuevos cristianos. El P. Miguel Pro sólo pudo ejercer su ministerio sacerdotal durante un año: desde agosto de 1926 hasta septiembre de 1927. Pero antes y después de él, innumerables cristianos dieron su vida a Cristo Rey.

Recordamos a un padre de familia: cuando los policías penetraron en su casa, comenzaron a insultarlo por ser cristiano y a golpearlo con ferocidad. Fue llevado fuera de la ciudad, seguido del propio Párroco que imploraba gracia porque tenía familia. Entonces Manuel Morales se arrodilló y dijo estas maravillosas palabras: «Señor Párroco, yo muero, pero Dios no muere. Él se ocupará de mi mujer y de mis hijos». Luego se levantó y exclamó: «¡Viva Cristo Rey y la Virgen de Guadalupe!» Y al instante fue matado de un disparo de pistola en la nuca.

Recordamos también la figura del sacerdote **Jesús Menéndez Montoya**, matado por haber sido sorprendido ejerciendo el ministerio sacerdotal, no obstante la prohibición del gobierno. Pero éstos son dos ejemplos entre *los cientos de miles de Mártires* que la Iglesia Mexicana ofreció a Cristo Rey durante la cruel persecución que se desató durante 30 años (desde 1911 hasta 1940), y que continuó también después porque la ley de 1940 quedó oficialmente en vigor hasta 1990. Prueba de ello es la muerte acaecida todavía al comienzo del año

1990 al **Cardenal Juan Campo Posadas**, asesinado en el aeropuerto de Guadalajara con un disparo de pistola. Las circunstancias de este homicidio no fueron nunca aclaradas; la Policía sostiene todavía hoy que fue una equivocación de persona; pero la empleada del Cardenal, Hna. Felicidad ha asegurado que «durante la semana anterior, Posadas era perseguido». Por otra parte el mismo Cardenal presagiaba el martirio. Hablando a sus seminaristas en el Seminario de Guadalajara el 23 de mayo de 1993, dijo: «Aceptar a Cristo puede significar dar testimonio con la vida por medio del martirio». ¡Exactamente 24 horas después se había cumplido el martirio!

## **2. Los Mártires de la Persecución en la Unión Soviética (1917-1989)**

Hubiera sido más exacto denominar este capítulo con el título de «La Persecución comunista», porque tal fue de hecho la ideología que la desencadenó. Pero como el comunismo ha perseguido la Iglesia en varias partes del mundo, (y todavía la persigue) queremos ahora limitarnos a lo que aconteció en la Unión Soviética entre 1917 y 1989.

Las raíces profundas de la más grande y sangrienta persecución contra la Religión, del siglo XX se deben buscar en Carlos Marx, un judío alemán, apóstata de su Religión y teórico de la construcción violenta de la «*dictadura del proletariado*», que llamó comunismo.

El primer experimento del proyecto marxista tuvo lugar en Rusia, entonces gobernada por el Zar en 1917. El hombre que inició la empresa fue Vladimir Llic Ulianov (1870-1924), llamado Lenin, un revolucionario anti-zarista, que en 1915 debió refugiarse en Suiza, desde donde en 1917 salió disfrazado y subvencionado por la masonería alemana hacia Rusia para instalar la revolución comunista y adueñarse del poder. Su idea fundamental, el alma de toda su elección, fue el principio de Marx que «*la Religión es el opio de los pueblos*», y que la victoria del proletariado exigía, antes que nada, la supresión de toda idea religiosa. En estos primeros años de la venida del comunismo, el futuro Obispo católico Leonid Fédorov, escribía a Mons. Sheptustskyi, obispo de Aviv en

Ucrania: «Para la Iglesia están volviendo los tiempos de Diocleciano. No es una exageración sino una realidad... No hubiera pensado jamás que se nos hubiese pedido llevar una cruz tan grande». La ocasión propicia para desencadenar abiertamente la persecución se presentó en los años 1921-1922, cuando una terrible carestía (provocada por el mismo comunismo, que a su vez culpó a la Iglesia), se abatió sobre Rusia y Ucrania. Lenin procedió entonces a confiscar todos los bienes pertenecientes a todas las religiones. Las iglesias y las capillas católicas, que eran más de cinco mil, quedaron reducidas a *dos*. Los sacerdotes fueron llevados a campos de concentración, que pronto se multiplicaron con Stalin sobre todo el territorio soviético, viniendo a ser como un archipiélago, el tristemente «archipiélago Gulag», como lo llamó Solzenicyn. En estos Campos murieron decenas de millones de hombres, mujeres y niños, ¡reos solamente de no renunciar a su fe cristiana o de no compartir la idea colectivista y atea del comunismo marxista! Los campos de trabajo forzado poco a poco se extendieron por toda la Unión Soviética desde las Islas Solovki (al Occidente) hasta la célebre Kolina (al Oriente). Nosotros hemos podido conocer poco más de la décima parte que en su conjunto hicieron de la Unión Soviética el más grande Campo de Concentración jamás existido en la historia de la humanidad. En los Gulag reinaba tal régimen de terror que para comunicarse con el exterior no disponían ni de papel. Se recurría a pedazos de género, siempre con la esperanza de no ser descubierto, y fusilado. La ideología antirreligiosa propia de la revolución comunista llevó no sólo a la confiscación de los bienes eclesiásticos y al exterminio de Obispos y Sacerdotes (preferentemente encarcelados en los Gulag de las Solvski), sino sobre todo a la difusión del ateísmo entre los pueblos y los niños de las escuelas.

¿Cuántos fueron los Mártires Cristianos bajo Lenin?

Es difícil decirlo. Pero sabemos por una carta que Lenin escribe a Molotov que *«él quería estar informado cada día del número de los sacerdotes ajusticiados»*.

Precisamente en estos años entró en escena, como colaborador de Lenin, aquel que pasará a la historia como el asesino más grande de todos los tiempos, José Visario Nomic Dzugasvili, llamado Stalin. Bajo él y sus sucesores, la

propaganda anticatólica y la matanza de vidas humanas se multiplicaron en crueldad y en número.

En los años 1932-1933, el loco déspota llegó al punto de eliminar casi en su totalidad a los ciudadanos rusos y ucranianos. Recordamos que Ucrania era llamada «el granero de Europa», porque los que poseían un pedazo de tierra, los «kulaki» eran considerados, como significa la palabra, ricos. La población rural cayó entonces en la más tremenda crisis alimenticia jamás vista; los niños morían a millares, mientras que la gente hambrienta llegó a nutrirse de raíces y cadáveres.

El 5 de marzo de 1953, Stalin, finalmente, murió, tal vez envenenado. En la calle de Moscú la gente, arriesgando la vida, ensayó una manifestación de disensión, bien pronto reprimida por la Policía sangrientamente. En el Congreso XX del Partido Comunista Soviético (1956) Nikita Krusciov, que tomó las riendas del Partido, hizo este impresionante reconocimiento oficial: «¡Las víctimas del estalinismo habían superado los veinte millones!» Y, sin embargo, ¡fue precisamente él, Krusciov, el que realizó la más violenta persecución, nunca vista, contra la Religión! Se ha hecho célebre el llamado «Relación Il-cev» elaborado por el ideólogo ateo «Il-cev» en noviembre de 1963 pero pedido por el mismo Krusciov, así como su «testamento ideológico», justamente el primer año de su dimisión como secretario del Partido.

La Relación tenía un título que lo dice todo: «La Propaganda atea en el País y las medidas para realizarla» (y reforzarla). Desde entonces surgió un recrudescimiento de las leyes antirreligiosas que golpeaban a los alumnos de cualquier edad. Y se llegó a lograr que los niños denuncien a sus padres de haber rezado secretamente en su propia casa. Se multiplicaron las publicaciones antirreligiosas periodísticas como «*Nuka i Relija*» («*Ciencia y Religión*»), que llegó a centenares de millares su tiraje; aquellas satíricas como «*Krokodil*» («*El Cocodrillo*») en las cuales hacía objeto de burla la fe en Dios y en la Iglesia. Innumerables fueron también las publicaciones de los ateos. Muchísimas iglesias no sólo fueron demolidas o transformadas en depósitos de mercadería sino abiertamente reducidas a instrumentos de propaganda atea como *la célebre*

*Basílica de la Virgen de Kazán*, transformada en «*Museo del Ateísmo*», que debía ser obligatoriamente visitado por los alumnos de las escuelas.

Víctimas célebres de esta lucha antirreligiosa fueron aquellos cristianos Ortodoxos que no quisieron colaborar con el régimen, como el santo Arzobispo Ermonen de Kaluga. Animados por su ejemplo, muchos seglares ortodoxos y católicos denunciaron públicamente la situación de persecución y de sometimiento al que el Poder Comunista había recudido a la Iglesia, recordando sólo los nombres de Boris Talantov (muerto en la cárcel), de Levitin Krasnov, Alexy Kolasov, Nelson, Aksenov, del gran poeta Jurij Golanskov (muerto en un Gulag de la Nordovia), y sepultado en un cementerio común, sobre cuya tumba los parientes lograron colocar una cruz (única excepción). Y todavía están los nombres inolvidables de los escritores del «Samisdat» (Editora clandestina rusa), que, a riesgo de la vida, mantuvieron viva en el pueblo la fe religiosa y el ansia de libertad de Siniawskji a Daniel, de Safarevic a Bukosvsji, hasta Solzenicyn.

Fuertemente reprimida fue la Iglesia Cristiana Bautista que resistió la persecución en forma heroica. Nikola Chmara fue torturado hasta la muerte en la cárcel de Barnaul, donde le arrancaron también la lengua. Impresionante fue el martirio, por haber confesado públicamente su fe en Cristo del soldado Iván Noissev, torturado y después arrojado a un lago para disimular la muerte por ahogo.

¿El número de los Mártires? Si ya en 1956 Krusciov denunciaba veinte millones de víctimas, ¿en cuánto habrán aumentado hasta 1989, cuando la Iglesia cayó bajo la cruel persecución antirreligiosa de Krusciov (y de sus antecesores)?

### ***3. La Persecución comunista en Ucrania (1917-1990)***

Ucrania tiene una historia compleja y providencial. Desde el año 988 recibió el Cristianismo que después transmitió a los pueblos vecinos. Los católicos ucranios, antes de la ocupación soviética, ocurrida durante la segunda guerra mundial, eran más de cuatro millones, a los cuales desde 1596, se habían unido

muchos cristianos ortodoxos, que habían elegido (por el tratado de Brest) unirse a Roma; de ahí el nombre de «Uniatas».

El rito litúrgico bizantino permaneció igual, sea para los Cristianos Ortodoxos como para los Católicos. Pero en Ucrania la represión religiosa soviética se encarnizó con especial ferocidad contra la Iglesia Católica de rito bizantino. Esta Iglesia que en 1946, contaba con cuatro diócesis, 142 monasterios, 6.800 entre iglesias y capillas, 2.700 sacerdotes y más de cuatro millones de fieles, tres años después, en 1949, estaba oficialmente suprimida y obligada a vivir en clandestinidad.

En el famoso palacio-cárcel de la céntrica Via Lonski di Aviv, han estado prisioneros y torturados y matados muchísimos cristianos, de muchos de los cuales nunca conoceremos el nombre. A la «expropiación proletaria» y al destierro de una entera Comunidad Religiosa contribuyó no poco el «Criminal pacto» Molotov-Ribentrop, que soviéticos y nazis estipularon en 1939, para mejor dividirse a Europa.

Junto a la represión religiosa, el pueblo ucraniano debió sufrir la mayor escasez de alimentos de su historia. En sólo dos años, del 1932 al 1933 el alocado odio de Stalin hacia los pequeños y medianos propietarios terratenientes, los kulaki, efectuó su deportación a Siberia y la expropiación de los terrenos cultivables.

Ucrania y la misma Rusia fueron así reducidas a una inmensa cárcel (*lager*), en donde murieron de seis a once millones de personas (diario «*Avvenire*» del 20 de febrero del 2003). ¡Un verdadero genocidio! La pobre gente tuvo que alimentarse de topos y de cortezas de árbol y se dieron caso de canibalismo. Y además, es un deber decirlo, porque es verdad, que la Iglesia Católica no sólo fue perseguida por el poder comunista, sino también por la Iglesia Ortodoxa que colaboraba con los soviéticos. También por este colaboracionismo (impuesto por el miedo, pero también por la vileza) los Mártires Católicos, ya con prisión perpetua o matados en el lugar, fueron muchísimos. Entre muchos Obispos, sacerdotes, monjes, Hermanas y laicos muertos por la Fe y la fidelidad al Papa, se recuerdan tres heroicos Obispos, verdaderas columnas en que se apoya la historia cristiana de Ucrania Mártir. El primero es el Metropolitano de Lviv

(Leopoli), el santo Obispo Andrés Sheptytskyi, ya perseguido por el Zar, por ser católico, después por los nazis en el año 1940, bajo cuya dominación se prodigó heroicamente para salvar a los judíos perseguidos y finalmente por los comunistas. En el momento de la muerte, 1944, su obra en defensa de la Religión se había destruido casi totalmente: los periódicos religiosos por él fundados fueron todos suprimidos, los libros confiscados y quemados, los Seminarios cerrados. Pero su heroica personalidad fue el fundamento del renacimiento espiritual de la Iglesia Católica Bizantina Ucraniana.

Con previsoría inteligencia pastoral el Metropolita, previendo el daño que las almas iban a padecer por la imposibilidad de continuar una catequesis regular, pidió a los párrocos que enseñaran a los fieles, en la homilía de las Misas, el catecismo.

Poco antes de morir, por temor de que la Iglesia Ucraniana quedase privada de un Obispo Metropolita, ordenó secretamente Obispo, con el permiso del Papa, al heroico sacerdote **José Slipyi**. Ya durante los años de la dominación nazi Slipyi había desafiado a la muerte cuando, junto con un centenar de fieles, fue puesto contra una muralla para ser fusilado; pero los alemanes, en el último momento cambiaron inexplicablemente de parecer. Una de las pruebas más insidiosas que Slipyi tuvo pronto que afrontar fue el deber de resistir a la oferta de ocupar elevados puestos religiosos en la Iglesia Ortodoxa (¡hasta le fue prometido el patriarcado Ortodoxo de Kiev!) si hubiera rehusado obediencia al Papa y hubiera pasado a la jurisdicción del Patriarcado de Moscú. Slipyi rechazó con desdén esta propuesta y por esto fue encarcelado en los Gulag, donde permaneció por casi veinte años, pero continuamente trasladado de un Gulag a otro, porque apenas podía conocer a sus compañeros de reclusión, como verdadero sacerdote, los asistía religiosamente, ¡llegando a convertir a su carcelero!

Pasó casi por 17 Gulag, de aquel de Kiev a los de la Moravia. Este peregrinar de Gulag en Gulag fue para Slipyi un verdadero «Vía Crucis». Apenas llegado a nuevo destino, era sometido a interrogatorios y torturas dolorosísimas y se le obligaba a presenciar las crueldades cometidas contra los Sacerdotes y los católicos que no quería renegar de la propia fe: «Brutalidad tan terrorífica –dirá luego– que vi a los prisioneros morir como moscas». Llegado al fin de su vida



por las torturas sufridas, en 1960, el Papa Juan XXIII negoció con Krusciov el traslado de Slipyi, traslado que, sin embargo, sólo pudo realizarse tres años después, en 1963. No obstante las torturas sufridas en los Gulag, Slipyi vivirá todavía hasta 1993, exiliado en Roma, desde donde continuó su lucha por la supervivencia del Catolicismo en Ucrania.

Hoy la persecución de los católicos en Ucrania continúa todavía, si bien es más engañosa y disfrazada, agregando a los antiguos, nuevos Mártires cuyo número y nombre, en general, sólo Dios sabe.

No podemos cerrar esta brevísima historia de la persecución de la Iglesia Católica Ucraniana de Rito Bizantino sin recordar la figura del joven pero gran Obispo de Ulzhgorod (ciudad de Ucrania Transcarpática, llamada también Rutenia), **Teodoro Romzha**. Este es el relato de su martirio: El 27 de octubre de 1947 Romzha volvía de la visita a una Parroquia cuando el coche en que viajaba fue atropellado por un brindado soviético. De inmediato los militares, como cumpliendo una orden previamente impartida, golpean salvajemente al Obispo y a los seminaristas que viajaban con él. Habiéndolo fracturado en dos partes la golpiza, Romzha fue al hospital de Mukacevo. Apenas transcurrido una semana allí, el Director comunista del hospital, Dr. Abraham Bergmann hizo salir improvisamente a todos de la sala del Obispo e hizo pasar a un agente de la KGB (Policía Secreta) disfrazada de enfermera que le practicó una inyección mortal. Era el 1 de noviembre de 1947. Pocos días antes, el Obispo Romzha había pronunciado en público estas palabras: «Estoy preparado para afrontar la tortura y la muerte antes que traicionar a la verdadera Iglesia de Cristo, la Iglesia Católica». Tal vez estas palabras le costaron la vida. El 24 de abril del 2002 el Papa Juan Pablo II ha querido honrar a los Mártires Ucranianos beatificando a 14 de ellos, entre los cuales al Obispo Romzha. Fue sólo un símbolo y un reclamo a no olvidarse de los otros innumerables Mártires. Fueron sólo 14 flores rojas de sangre, elegidas de acá y de allá en el campo inmenso repleto de millares de flores purpúreas, desconocidas a nosotros (pero muy bien conocidas por Cristo) que ahora, transplantadas en los campos eternos del cielo, interceden por sus hermanos que, en la tierra de Ucrania continúan su testimonio de sufrimiento y de amor a la Iglesia Católica, la única verdadera Iglesia de Jesús.

#### 4. La Sangrienta Persecución Religiosa en España (1931-1939)

Interrumpimos el relato del martirio de los países pertenecientes a la ex Unión Soviética para referirnos a la persecución que los comunistas republicanos españoles provocaron entre 1931 y 1939 contra los católicos de esa Nación.

Ya en 1925, el débil rey había confiado el gobierno a un militar, **Miguel Primo de Ribera**, que consiguió formar un gobierno civil, del cual fue Presidente. Pero los resultados de las reformas intentadas por él en favor de las clases más pobres decidieron a Primo de Ribera a renunciar (1930) y se convocó a elecciones municipales (1931). En estas elecciones ganaron ampliamente los republicanos, y así el Rey abandonó el país, pero sin renunciar a los derechos del trono. Se formó entonces un Gobierno Republicano moderado que encontró la oposición de los revolucionarios-comunistas guiados por Francisco Largo Caballero, de sobrenombre «el Lenin español», el cual declaraba públicamente: *«Tener como programa hacer de España una segunda Rusia»*.

Ante esta confusa situación, se fue aún a elecciones que en 1933 vencieron las Derechas, las cuales permanecieron en el poder sólo tres años. En fin, la gran revuelta sucedió con las elecciones de 1936, ganadas por las izquierdas revolucionarias que, apenas llegadas al poder, impusieron al País los programas más violentos del marxismo ateo. España se encontró entonces antes la siguiente alternativa: o sucumbir al asalto total de las fuerzas comunistas (que ya gobernaban en muchas regiones a ellas sometidas o intentar, con esfuerzo titánico, librarse del terrible enemigo y salvar los principios fundamentales de su vida civil y religiosa. Pero se vio enseguida que este esfuerzo de liberación no sería posible sin la ayuda del ejército español que aquel año se encontraba en Marruecos. Porque el Ejército no poseía naves, el problema de pasar a España se presentaba imposible. Fue entonces que el General Francisco Franco pidió ayuda a las dos únicas naciones europeas anticomunistas, que poseían fábricas de aviones, o sea Italia y Alemania. La elección de Franco, por lo tanto, no fue una elección política, una adhesión al Fascismo o al Nazismo, sino una elección práctica impuesta por la necesidad de resolver el problema de cómo trasladar el

ejército de Marruecos a España, cuya única posibilidad era sobrevolar el Estrecho de Gibraltar. Y así fue que el 18 de julio de 1936 se inició *la Guerra Civil Española*.

Al llegar a este punto es necesario aclarar un hecho histórico: *si es cierto que en la España de aquellos años, la persecución religiosa de los comunistas contra la Iglesia se entrelaza con la guerra civil, sin embargo, no se origina de la guerra, sino de la ideología marxista atea importada de la Unión Soviética*. Prueba de ello es que antes del inicio de la guerra civil de 1936, los comunistas tenían ya declarada la lucha contra la Iglesia, haciendo centenares de Mártires en las zonas gobernadas por ellos.

He aquí un ejemplo histórico: estamos en 1931 en Madrid. Las 80 Hermanas del Convento de la Visitación, por temor a ser matadas por los rojos (como ya había sucedido con sacerdotes y religiosos) salieron en coche del Convento con vestidos civiles y se refugiaron en casas privadas. Pero aquí surgió otro problema: los comunistas decidieron requisar el Convento por estar deshabitado. Entonces la Superiora, Madre María Gabriela de Hinojosa pidió a algunas Hermanas entrar con ella en el Convento, aún sabiendo que peligraba su vida. Como era previsible, una patrulla de las Unidades revolucionarias llegó de noche al Convento con un camión, al cual hicieron subir a las Hermanas y las llevaron un poco lejos, al final del callejón López de Hoyos. Aquí las obligaron a bajar y las fusilaron al instante. El Convento fue después incendiado. Al tener conocimiento de esta noticia el masón Manuel Azaña, entonces ministro republicano de la guerra, comentó con satisfacción: «Bueno, ¡todos los conventos y religiosos de España no valen la vida de un solo republicano!»

Se desencadenó así la guerra civil en la cual los republicanos eran apoyados militarmente y económicamente por Francia y la Unión Soviética que enviaban naves enteramente cargadas de armas y numerosos agitadores especializados en la guerrilla. Del exterior llegaron también las llamadas «Brigadas social-comunistas Internacionales», entre las cuales figuraba la italiana, conducida por el socialista Pedro Nenni, futuro Secretario General del Partido Comunista Italiano, el cual se hizo fotografiar junto con dos jefes comunistas cuando

combatía con ellos en el frente de Zaragoza, para así hacer limpieza del Clero de aquella ciudad e incendiar la grandiosa Basílica de la Virgen del Pilar.

Y es así como, poco a poco, toma cuerpo «la gran matanza de los católicos españoles». En la Carta Pastoral Colectiva de los Obispos Españoles del 1 de julio de 1937 (estamos todavía en plena persecución), leemos estas terribles palabras: «No creemos que en la historia del Cristianismo y en el espacio de dos semanas, se haya producido semejante desenfreno del odio contra Jesucristo y su sagrada Religión. Tan grande fue la sacrílega destrucción, a que fue sometida la Iglesia en España, que el Delegado de los rojos españoles en el Congreso de los «sin Dios» en Moscú, pudo decir: «España ha superado mucho la obra de los soviéticos, porque la Iglesia en España ha sido totalmente aniquilada».

La feroz persecución española ha producido casi 7.000 mártires. Más propiamente, según los recientes estudios de Antonio Montero, Obispo de Mérida-Badajoz, entre el 18 de julio de 1936 y el 1 de abril de 1939 han padecido el martirio *6832 personas*, de las cuales 4.184 son sacerdotes pertenecientes al Clero Diocesano, 12 Obispos, 1 Administrador Apostólico, 2365 Religiosos y 238 entre Hermanas y Seminaristas. De éstos 6832 Mártires, 238 han sido beatificados.

Pero consideremos algunos de éstos hechos que, como veremos, han alcanzado quizás extremos imposibles de imaginar, de odio anticristiano y de inhumana crueldad.

Al comienzo el odio marxista se volcó en la profanación de las imágenes sagradas. El monumento del Sagrado Corazón de Jesús, erigido en el Cerro de los Ángeles, fue «fusilado simbólicamente» en 1936 por los milicianos comunistas y anarquistas, que querían dar con este gesto sacrílego, inicio oficial a la persecución anticatólica.

Mons. Iurrita, Obispo de Barcelona, habló entonces del «odio a Cristo», fomentado por la Masonería y el Comunismo. Citamos en esta página sólo algunos asesinatos de sacerdotes y Religiosas sucedidos en el espacio de una semana, del 21 al 27 de julio de 1936, tomándolos del texto de A. Monyero Moreno, «Síntesis histórica de la Persecución Religiosa en España»: «El 21 de julio cuatro Padres Jesuitas de Barcelona fueron apresados y llevados sobre una

colina porque se les acusaba de «ser distribuidores de opio religioso». Ellos, viendo lo que estaba por suceder se dieron mutuamente la Absolución, perdonando a sus asesinos; inmediatamente después fueron aniquilados con cuatro disparos de pistola en la nuca. La misma suerte les tocó dos días después a dos Hermanas, pero esta vez en la vía pública, bajo la mirada aterrorizada de los transeúntes, y el 24 de julio a tres Hermanas Carmelitas por las calles de Madrid. Al día siguiente, Don Dionisio Pamplona (un sacerdote que será beatificado) fue matado en la Plaza Mayor de Madrid, junto a 24 personas. El día 26, en Lérida, fueron matados 14 seminaristas, después de haberlos torturado. El día 27, en Sigüenza, fue matado el Obispo Eustaquio Nieto. Y esto no es más que una pequeña muestra de una semana de odio y de martirio, semana que se repetirá durante años por toda España.

La revolución fue también inhumana. No se ha respetado el pudor de la mujer, ni siquiera de la consagrada a Dios por sus votos religiosos. Se profanaron las tumbas y los cementerios. En Madrid y en el viejo cementerio de Huesca abrieron centenares de tumbas para extraer de los cadáveres el oro de sus dientes y de los anillos.

El que escribe estas páginas ha oído con sus propios oídos de la boca de ancianos campesinos de la aldea de Villacarrillo de Andalucía, este relato que hemos anotado de inmediato en nuestro diario de viaje: «Vinieron los rojos y, dejando los autos en la calle, subieron al pueblo a pie. Aquí agarraron por la fuerza a los sacerdotes y algunos hombres que habían intentado oponerse a su arresto y los condujeron abajo, en el prado que desde la calle se extiende hasta el Guadalimar. Sacaron luego de los autos algunas botellas de bencina y metieron el cuello a la fuerza en la boca de las víctimas, tapando su nariz para obligarlos a tragar el líquido. Las pobres víctimas se retorcían de dolor. Entonces algunos milicianos llevaron diarios encendidos y los acercaron a la boca de los Mártires que de repente explotaron como bombas».

De los 6.832 Mártires españoles, queremos recordar aquí sólo dos, para que sean como una luz a fin de comprender lo que ha acontecido también a los otros, de quienes es imposible ahora escribir su martirio. Mons. Florentino Asencio Barroso era Obispo de Barbastro, una pequeña ciudad de los Pirineos centrales.

Predicó en su Catedral hasta el domingo 19 de julio de 1936. El día después fue arrestado. La tarde anterior había concluido una novena al Sagrado Corazón, pidiendo la fuerza para el martirio. Había dicho a sus fieles: «Es necesario estar preparado para todo, incluso el martirio». De sus 139 sacerdotes diocesanos, 113 murieron martirizados, junto con 5 seminaristas y la totalidad de las tres Comunidades Religiosas presentes en su Diócesis. Casi todas sus iglesias fueron quemadas, saqueadas y destruidas. Mons. Barroso sufrió uno de los martirios más dolorosos y refinados. Desde su celda vio masacrar a sus sacerdotes, seminaristas y a su Vicario General. Al fin llegó su turno. Fue torturado y satánicamente mutilado. Después, atado con un alambre, se le obligó a caminar hasta el lugar donde iba a ser fusilado, mientras sus verdugos se burlaban de él, que querían ver si era capaz de caminar como hizo Jesús en su subida al Calvario. Llegado allí, un disparo de fusil puso fin a sus sufrimientos. Murió perdonando como Jesús. Fue beatificado. Otro mártir del cual queremos hacer memoria es el sacerdote Manuel Albert Ginés, que nació, vivió y fue arrestado en Calanda, una aldea conocida sólo porque cuatro siglos antes sucedió un milagro obrado por la Virgen del Pilar. Cuando los milicianos comunistas irrumpieron en el pequeño pueblo, Don Manuel no quiso abandonar su iglesita y fue arrestado con 42 campesinos, hombres y mujeres. Entre golpes e insultos, fueron todos alineados junto al muro del cementerio y al instante fusilados porque eran «reos confesos de ser católicos practicantes». Detalle conmovedor: después de la primera descarga, Don Manuel estaba todavía vivo. Cuando el sacerdote vio al miliciano que se le acercaba para darle el tiro de gracia en la nuca, tuvo fuerzas para pronunciar palabras de perdón y susurrar todavía una vez: «¡Viva Cristo Rey!»

### ***Los 52 Mártires Claretianos del Seminario de Barbastro***

Aconteció durante el mes de agosto de 1936. Conocemos los detalles de su martirio gracias a las relaciones escritas y a los testimonios orales de dos estudiantes claretianos, compañeros de prisión de los mártires, que fueron liberados al último momento porque eran de nacionalidad argentina. Sus nombres son Pablo Hall y Atilio Parussini.

La afirmación repetida por los milicianos, de que bastaba que los misioneros abandonasen sus compromisos religiosos para salvar la vida, apunta a una hostilidad, no contra las personas, sino contra lo que representaban, la fe, la Iglesia. «No odiamos vuestras personas», les dijeron; «lo que odiamos es vuestra profesión». «Nos fusilan únicamente por ser religiosos», dejarán escrito algunos de estos mártires.

La comunidad claretiana de Barbastro estaba formada por 60 misioneros: 9 sacerdotes, 12 hermanos y 39 seminaristas a punto de recibir la ordenación sacerdotal. De los 51 mártires sólo 9 sobrepasaban los 25 años; 9 tenían 22 años y 3 habían cumplido sólo 21. Los 9 misioneros de la comunidad que no fueron fusilados eran ancianos y enfermos y dos argentinos a los que enviaron a su país después de haber compartido la cárcel con sus compañeros hasta el 13 de agosto, cuando habían muerto ya 41 de sus compañeros.

El lunes 20 de julio de 1936, la casa fue asaltada y registrada, infructuosamente, en busca de armas, y fueron arrestados todos sus miembros. El superior, padre Felipe de Jesús Munárriz; el formador de los seminaristas, padre Juan Díaz, y el administrador, padre Leoncio Pérez, fueron llevados directamente a la cárcel municipal. A los ancianos y enfermos los trasladaron al asilo o al hospital. Los demás fueron conducidos al colegio de los escolapios, en cuyo salón de actos quedaron encerrados hasta el día de su ejecución. Su paso por las calles de Barbastro fue como una procesión; los testigos recuerdan el recogimiento de los religiosos, «como si volvieran de comulgar, y así era en verdad, pues antes de salir de casa habían comulgado todos.

En su breve estancia en la cárcel, los tres responsables de la comunidad claretiana fueron verdaderamente ejemplares: nunca se quejaron, animaron a sus compañeros detenidos y por ellos se sacrificaron, rezaron intensamente por sí mismos y por sus perseguidores, se confesaron y confesaron a otros encarcelados. Sin ninguna clase de juicio, simplemente por ser sacerdotes, fueron fusilados a la entrada del cementerio al alba del día 2 de agosto.

Los encarcelados en el salón de los escolapios, desde el primer momento se prepararon para morir: «Pasamos el día en religioso silencio y preparándonos para morir mañana; sólo el murmullo santo de las oraciones se deja sentir en

esta sala, testigo de nuestras duras angustias. Si hablamos es para animarnos a morir como mártires; si rezamos es para perdonar. ¡Sálvalos, Señor, que no saben lo que hacen!», escribía uno de ellos.

Durante los primeros días de cautiverio pudieron recibir la comunión clandestinamente, y la Eucaristía fue el centro de su vida y el origen de su fortaleza. La oración, el rezo del oficio de los mártires, el rosario, fueron preparándolos interiormente para la muerte.

Hubieron de soportar las incomodidades de la cárcel, pero, sobre todo, el racionamiento del agua, en pleno verano. Fueron atormentados con simulacros de fusilamiento: «Más de cuatro veces recibimos la absolución creyendo que la muerte se nos echaba encima, testimonia Parussini, uno de los dos argentinos claretianos, encarcelado con los demás y liberado el 12 de agosto por su condición de extranjero. «Un día estuvimos casi una hora sin movernos esperando de un momento a otro la descarga».

Les introdujeron prostitutas en el salón para provocarles, con la amenaza de fusilamiento inmediato en caso de contrariarlas. Pero ni uno solo claudicó. Tampoco sirvieron de nada las ofertas de liberación que varios de ellos recibieron de milicianos: prefirieron seguir la suerte de sus compañeros y morir mártires como ellos.

Estaban convencidos de que iban a ser mártires. Escribía uno de ellos el 10 de agosto a sus familiares: «El Señor se digna poner en mis manos la palma del martirio; al recibir estas líneas canten al Señor por el don tan grande y señalado como es el martirio que el Señor se digna concederme... Yo no cambiaría la cárcel por el don de hacer milagros, ni el martirio por el apostolado que era la ilusión de mi vida». Del día 12 son estos otros testimonios de su gozosa conciencia martirial: «Así como Jesucristo en lo alto de la cruz expiró perdonando a sus enemigos, así muero yo mártir perdonándolos de todo corazón»; «morimos todos contentos por Cristo y su Iglesia por la fe de España»; «no lloréis por mí; Jesús me pide la sangre; por su amor la derramaré: seré mártir, voy al cielo». Son éstos algunos de los escritos que estamparon en pequeños papeles, en envoltorios de chocolate, en las paredes y en un taburete del piano, y que milagrosamente se pudieron salvar.



Fueron en grupos al martirio en distintos días. El primer grupo, en la madrugada del día 12, lo formaban los seis mayores, los padres Sebastián Calvo, Pedro Cunill, José Pavón, Nicasio Sierra, el subdiácono Wenceslao M<sup>a</sup> Clarís y el hermano Gregorio Chirivás. Acudieron sin ninguna resistencia al llamamiento de sus verdugos; les ataron las manos a la espalda, y de dos en dos los amarraron codo con codo. El padre Secundino M<sup>a</sup> Ortega, desde el escenario, les dio la absolución. A las cuatro menos siete minutos», oyeron desde el salón las descargas. Antes de disparar, los milicianos les ofrecieron, por última vez, la posibilidad de apostatar, pero se mantuvieron fieles hasta el final.

Desde aquel momento los que quedaban comenzaron a prepararse «próxima y fervorosamente para la muerte. Consignaron por escrito y rubricaron todos con sus firmas la «Ofrenda última a la congregación de sus hijos mártires»: Agosto, 12 de 1936. En Barbastro. Seis de nuestros compañeros ya son mártires; pronto esperamos serlo nosotros también; pero antes queremos hacer constar que morimos perdonando a los que nos quitan la vida y ofreciéndola por la orientación cristiana del mundo obrero, por el reinado definitivo de la Iglesia católica, por nuestra querida congregación y por nuestras queridas familias».

A la noche siguiente, «cuando el reloj de la catedral daba las doce», los milicianos irrumpieron en el salón. Al no haber ninguno de más de veinticinco años, dieron lectura a una lista de veinte nombres: el del padre Secundino M<sup>a</sup> Ortega, el de los estudiantes Javier Bandrés, José Brengaret, Antolín M<sup>a</sup> Calvo, Tomás Capdevila, Esteban Casadevall, Eusebio Codina, Juan Codinachs, Antonio M<sup>a</sup> Dalmau, Juan Echarri, Pedro Garcia Bernal, Hilario M<sup>a</sup> Llorente, Ramón Novich, José Ormo, Salvador Pigem, Teodoro Ruiz de Larrinaga, Juan Sánchez Munárriz, Manuel Torras; y el de los hermanos Manuel Buil y Alfonso Miguel Ninguno desfalleció ni mostró cobardía. El padre Luis Masferrer, único sacerdote que quedaba, les dio la absolución. Los que quedaban les vieron subir al camión; los oyeron aclamar a Cristo Rey, y entonar cánticos que expresaban el ideal de su vida misionera. A la una menos veinte de la mañana del día 13 se oyeron perfectamente las detonaciones del fusilamiento y los tiros de gracia.

Los últimos 20 fueron llevados al martirio al amanecer del día 15, Asunción de María, aniversario de la profesión de la mayoría: el padre Luis Masferrer, los estudiantes José M<sup>a</sup> Amorós, José M<sup>a</sup> Badía, Juan Baixeras, José M.' Blasco, Rafael Briega, Luis Escalé, José Figuro, Ramón Illa, Luis Lladó, Miguel Masip, Faustino Pérez, Sebastián Riera, Eduardo Ripoll, José Ros, Francisco M<sup>a</sup> Roura, Alfonso Sorribes y Agustín Viela, y los hermanos Francisco Castán y Manuel Martínez Jarauta.

Antes dejaron escrito lo que puede ser considerado como su testamento: «Querida Congregación: Anteayer murieron, con la generosidad con que mueren los mártires, seis de nuestros compañeros; hoy, trece, han alcanzado la palma de la victoria 20, y mañana, catorce esperamos morir los 21 restantes. ¡Gloria a Dios!... Pasamos el día animándonos para el martirio y rezando por nuestros enemigos y por nuestro querido instituto. Cuando llega el momento de designar las víctimas hay en todos serenidad santa y ansia de oír el nombre para adelantar y ponernos en las filas de los elegidos; esperamos el momento con generosa impaciencia, y cuando ha llegado, hemos visto a unos besar los cordeles con que los ataban, y a otros dirigir palabras de perdón a la turba armada: cuando van en el camión hacia el cementerio, los oímos gritar: ¡Viva Cristo Rey!... Mañana iremos los restantes y ya tenemos la consigna de aclamar, aunque suenen los disparos, al Corazón de nuestra Madre, a Cristo Rey, a la Iglesia católica, y a ti, Madre común de todos nosotros... Morimos todos contentos... Morimos todos rogando a Dios que la sangre que caiga de nuestras heridas no sea sangre vengadora, sino sangre que entrando roja y viva por tus venas, estimule tu desarrollo y expansión por todo el mundo».

De los dos jóvenes seminaristas internados en el hospital por enfermos, Jaime Falgarona y Atanasio Vidaurreta, los compañeros de cárcel recuerdan cómo al ser llamados, pasada la medianoche, ya en el día 18, se confesaron con un sacerdote prisionero, y junto con otros varios sacerdotes y seglares católicos, fueron llevados, sin juicio, al martirio.

El reconocimiento de su heroicidad ante el martirio fue reconocido desde el primer momento por la ciudad de Barbastro y la congregación claretiana. Estaban muy claros, tanto en el testimonio de su martirio como en sus escritos,

su amor apasionado y sin reservas a Jesucristo, su entrega filial al Corazón de María, su gozosa y comprometida pertenencia a la Iglesia y a la congregación, su entrañable afecto a sus familias y su deseo de reconciliación y de perdón para los que les quitaban la vida. Herederos del espíritu apostólico de San Antonio María Claret (24 de octubre), habían estado atentos a los desafíos misioneros de su tiempo, se habían mostrado sensibles a los más desfavorecidos de su época, los obreros, y se preparaban con ilusión y mirada universal para un ya próximo ministerio. Fueron beatificados por el papa Juan Pablo II el 25 de octubre de 1992, en la Plaza San Pedro.

Sus restos se veneran en la iglesia del Corazón de María de Barbastro (Huesca), donde ellos tanto y tan intensamente habían orado. Con muchos de sus objetos personales, sus escritos se conservan en el museo que la Congregación de los Misioneros Claretianos ha preparado en la misma ciudad de Barbastro: son «actas martiriales de lujo», como los ha calificado monseñor Pedro Casaldáliga, C.M.F., obispo de Sao Félix (Brasil), que «nos hacen revivir las actas de los primeros mártires, la semilla y las más hondas raíces de nuestro cristianismo», en palabras de monseñor Fernando Sebastián, C.M.F., arzobispo de Pamplona y obispo de Tudela.

***Mártires de Valencia: se abre la causa  
de canonización de 246 mártires de Valencia***

Un monaguillo de 15 años, una madre en el noveno mes de gestación, un joven que murió por salvar a su hermano, ocho amas de casa y una anciana de 80 años son algunos de los 246 mártires de la persecución religiosa incluidos en la nueva causa de canonización cuya apertura anunció este jueves el Arzobispo de Valencia, Mons. Agustín García-Gasco.

*El más joven.* El monaguillo valenciano Antonio Ferrer Rodrigo es el mártir más joven de este nuevo grupo de nuevos testigos del Evangelio que fueron asesinados por odio a la fe en 1936. Antonio «fue torturado y fusilado por recriminar la actitud de unos milicianos que estaban saqueando la iglesia de su

pueblo, en la que ayudaba al párroco», indicó el delegado diocesano para las Causas de los Santos del Arzobispado de Valencia, Ramón Fita.

«El joven había logrado esconder en su casa algunos objetos de culto para salvarlos de la profanación, entre otros, un cáliz y una cruz procesional, pero al ver cómo los asaltantes encendían una hoguera y arrojaban a ella una imagen del Sagrado Corazón, «no pudo contenerse y comenzó a recriminar a los milicianos», declaró Fita. Horas después fue detenido, junto con su padre, «que no quiso abandonarlo», y ambos fueron fusilados el 2 de diciembre de 1936.

*Por su hermano.* En el mismo proceso diocesano que se abrirá oficialmente el próximo día 23 de junio, se incluye al joven soltero Alberto Meléndez Boscá, martirizado con 26 años de edad. Él engañó a sus captores atribuyéndose la identidad de su hermano, que era a quien buscaban, para evitar que éste fuera fusilado porque estaba casado y tenía dos hijos.

*Un pedido denegado.* Una de las historias más dramáticas de este grupo de mártires es la de Hortensia Serra Poveda, asesinada a los 29 años de edad, cuando estaba embarazada de nueve meses del que iba a ser su primer hijo y pidió que la mataran después de dar a luz para poder bautizarlo, solicitud que le fue denegada.

La causa de canonización anunciada ayer por el Arzobispo de Valencia incluye en total 246 mártires, de los que 179 son sacerdotes diocesanos, 6 religiosos, 4 religiosas y 57 laicos.

Se trata del segundo grupo de mártires valencianos de la persecución religiosa de 1936 al que se le abre proceso de canonización, después del integrado por 226 personas que fueron beatificadas por el Papa Juan Pablo en 2001.

De los 179 sacerdotes incluidos en la causa, 12 eran mayores de 70 años cuando fueron asesinados, mientras que el más joven, José Vicente Chulilla, tenía tan sólo 25. Todos fueron martirizados en 1936 a excepción de Juan Puertes Ramón, que fue asesinado en 1934, cuando era vicario general de la diócesis de Oviedo en octubre de 1934.

Finalmente, de entre los 57 laicos mártires, la de mayor edad era una anciana de 80, Julia Mateu Ferrer. Entre el grupo de laicos mártires hay también 8 amas de casa valencianas.

## 5. La heroica Pasión de la Lituania Católica (1940-1987)

La persecución contra los católicos lituanos (que son el 1,82% de la población total que hoy cuenta casi cuatro millones de habitantes), comenzó pronto, en 1940, cuando fue invadida por los nazis, y después, por un período más largo, hasta 1987, por los comunistas soviéticos. En este espacio de años cerca de un millón de lituanos logró huir a Occidente y otro millón y medio «estaba distribuido por los Gulag comunistas de Siberia. Como de costumbre, primero los nazis de Hitler y después los comunistas de Stalin, se echaron contra la Iglesia, viendo en ella el mayor obstáculo a su dominio sobre el pueblo lituano profundamente religioso. Se comenzó por las escuelas, que fueron totalmente confiscadas. La enseñanza de la Religión (aún realizada en familia) fue declarada «actividad antisoviética» y perseguida con el arresto y la deportación.

El 16 de julio de 1940 se clausuró la facultad de Teología de la Universidad de Kaunas y a los profesores simplemente se los hicieron desaparecer. Todas las actividades religiosas fueron abolidas y los libros religiosos secuestrados y destruidos. Después se comenzó la caza del Clero. Uno de los primeros Obispos en ser arrestado y encarcelado fue **Vicentas Boriservicius** que, bajo la ocupación nazi había salvado a muchísimos judíos. Ni siquiera se encontró su cuerpo. Inmediatamente después de él, «fueron eliminados» el obispo **Pranas Ramanauskas**, arrestado y enviado a Siberia a los trabajos forzados, en donde murió el 20 de agosto de 1962, después de haber pasado 22 años en los Gulag soviéticos. Pero la persecución religiosa golpeó también a muchísimos sacerdotes y laicos.

El 20 de septiembre de 1947, los católicos lituanos hicieron llegar al Papa clandestinamente una carta que decía: «En el solo mes de junio de 1941, los soviéticos han arrestado cuarenta mil lituanos, hombres, mujeres, ancianos y niños. Los han cargado en carros de animales y los han deportado a Siberia.

Con nuestros ojos hemos visto los cuerpos de los que no lograban sobrevivir a los sufrimientos, arrojados al borde de las calles. Un símbolo de la heroica resistencia de los católicos lituanos a la ofensiva atea de los comunistas es el ya célebre «Monte de las Cruces» que aún se levanta junto a Siauliai. La gente subía allí y plantaba la propia cruz. Cuando la policía las quemaba, la gente, desafiando el arresto y la deportación, subía de nuevo y plantaba otras cruces.

Otro símbolo de la fidelidad a Cristo y a la Iglesia Católica es, aún hoy en Lituania, la figura humilde y extraordinaria de una mujer joven **Nijolé Sadunaité**. Lo que sabemos de ella está escrito en un diario que, pedazo a pedazo, ha llegado a Occidente: un diario que puede ser considerado el paralelo católico de Ana Frank.

Nijolé entró en la historia del pueblo lituano cuando decidió gastar su miserable estipendio de obrera para contratar un abogado que defendiese al **Padre Antonas Seskevicius** en un proceso en el cual estaba acusado del «crimen» de haber enseñado el catecismo a los niños. Pero ni el abogado ni la defensa personal del sacerdote le sirvieron para librarse de la condena: «Honorables jueces, dijo el P. Atonas durante el último proceso tenido en Moletai, en 1970, Hitler ha aniquilado a millones de judíos inocentes y ha matado miles de sacerdotes sólo porque cumplían su deber. Entonces fue exaltado como un gran hombre, pero ahora vosotros mismos lo despreciáis como un asesino. Y bien, condenad también a los inocentes. La historia juzgará vuestra sentencia y os despreciará para siempre... En cuanto a mí, temo a Dios, pero no a los hombres porque sólo Dios es la Vida Eterna». Seskevicius fue condenado y Nijolé sometida a control especial. En su casa Nijolé escribía ocultamente una hoja con el título «Crónica de la Iglesia Católica en Lituania», donde eran publicados los episodios de la persecución y los nombres de los católicos perseguidos. Entonces Nijolé fue arrestada y procesada. En su defensa (no podía permitirse un abogado) pronunció estas palabras: «Vosotros buscáis, con todos los medios que tenéis, hacerme atea, pero nosotros seguiremos creyendo en Jesucristo que ha dicho: «Lo que hagáis a los otros, me lo habréis hecho a Mí». Nosotros luchamos sólo contra el mal y la mentira y nos entristecemos por vosotros. Si fuese necesario, estamos dispuestos a dar a vosotros nuestra propia

vida. ¡Vosotros lo sabéis!» El juez Pilebis la condenó a tres años de Gulag y a tres años de «hospital psiquiátrico», pena que cumplió en forma total, y de la cual, al contrario de muchos otros que sufrieron la misma pena, logró sobrevivir. Entonces se la mandó a Siberia a cortar leña hasta que inexplicablemente la KGB (Policía Secreta Comunista) en julio de 1980 la dejó libre.

Pero la persecución anticatólica de los comunistas en Lituania continuó, especialmente contra los sacerdotes, hasta la caída del comunismo en 1989.

He aquí sólo algunos nombres de los mártires de aquellos años: en octubre de 1980 el P. Leonas Mazeika fue golpeado y matado. En 1981, el P. Leonius Laurinavicius, mientras pasaba por una calle de Vilnius, fue agarrado por dos agentes de la policía secreta y arrojado bajo un camión. En el verano de 1981, el P. Bocardus Cerniauslas fue arrestado y amenazado de muerte, porque había predicado un retiro espiritual a los jóvenes. En su defensa dijo: «Me hice sacerdote para decir la verdad y quiero hablar de Dios no sólo en la iglesia sino también en cualquier otro lugar». Aún en octubre de 1986 (cuando faltaban pocos años para la caída del comunismo soviético), el P. Jauzas Zdeuskis fue quemado arrojándole ácido a la cara. Sobrevivió, pero el 6 de enero del año siguiente «un misterioso accidente automovilístico» lo dejó muerto en medio de la calle.

## **6. Rumania: el martirio de los católicos (1948)**

Hemos denominado este capítulo «El martirio de los católicos» en Rumania» porque, si bien los Cristianos Católicos son una pequeña minoría (el 5,1% en relación a los Cristianos Ortodoxos, que son el 85% de la población), la persecución antirreligiosa comunista, que se inició en 1948 (y es prácticamente todavía hoy activa con profusión de leyes que discriminan a los Católicos), se ha volcado en forma violenta y destructiva no contra la Iglesia Ortodoxa, sino contra la Iglesia Católica. Basta pensar que cuando en 1948, el comunismo tomó el poder, en Rumania había 1.560.000 católicos, los que, después de la persecución, quedaron reducidos a no más de medio millón.

Entre los católicos rumanos se distinguieron dos grupos, según el «rito litúrgico». Hay una pequeña minoría de católicos de Rito Latino y una gran mayoría de Rito Griego. Precisamente estos últimos, como veremos, fueron el

principal blanco de la persecución comunista, porque eran fieles al Papa (aún teniendo el mismo rito griego que los ortodoxos).

La primera medida fue la confiscación de todos los bienes pertenecientes a la Iglesia Greco Católica (casi dos mil entre la catedral, iglesias, Institutos de asistencia, Seminarios y Monasterios) para transferirlos a la Iglesia Ortodoxa (¡que aún hoy no quiere devolverlos a sus legítimos propietarios!). Valga como un ejemplo el Monasterio Basiliano de Bixad, del cual la «Seguridad» (Policía Secreta Rumana) había hecho evacuar con la fuerza a los Monjes Católicos y colocó a los Ortodoxos, que todavía lo ocupan.

*Después se pasó a la eliminación del Clero.* Seiscientos sacerdotes católicos de rito griego, que rehusaron pasar a la Iglesia ortodoxa, fueron arrestados y reclusos en terribles Campos de trabajo, que los comunistas habían instalado por toda Rumania (los nuevos Gulag). Así, pues, se pasó a la solución final: *la eliminación física de todos los obispos de la Iglesia Greco Católica.* En 1948 había en Rumania seis obispos greco-católicos; en octubre del mismo año todos fueron encarcelados y reclusos en la terrible prisión de Shighet, donde casi todos murieron, después de haber sufrido torturas alucinantes. Los detenidos debían llevar, día y noche, anillos de hierro en las manos, en los pies y también al cuello; anillos que con el pasar de los años, oprimían fuertemente la carne y los huesos.

La víctima más ilustre de Shighet es el Cardenal de la Iglesia Católica de Rito Griego **Iuliu Hossu**, encarcelado durante 22 años sin proceso. Esto es suficiente para testimoniar como los comunistas saben «trabajar» a aquellos que, por permanecer fieles a Cristo y al Papa, ¡habían renunciado a salvar la propia vida!

Otro mártir de la fidelidad al Papa fue el Obispo Católico de Rito Latino **Antón Durcovici**. Fue torturado tan cruelmente que al tiempo de morir estaba irreconocible. Murió durante una tortura, pero el cuerpo fue llevado enseguida a su celda para disimular una muerte natural. **Mons. Basile Aftenie** fue el primer obispo mártir de Rumania. Conminado por los comunistas a traicionar la fidelidad al Papa, con la promesa de hacerlo Patriarca Ortodoxo de Bucarest, respondió: «Ni mi Nación ni mi Fe están en venta». Fue entonces torturado hasta la muerte, y de modo tan cruel que al final los brazos no estaban ya unidos al cuerpo. Otro



mártir matado en la cárcel de Sighet es el Obispo **Alexandru Russu** y el Obispo **Liviu Chinezu**, que había sido consagrado secretamente y que murió congelado.

Tampoco se puede olvidar la gran figura del Obispo **Vladimir Ghica**. Este gran hombre que estudió en París, donde fue amigo de Jacques Maritain, se convirtió de la Ortodoxia al Catolicismo, convencido que «llegar a ser católico significa ser más ortodoxo todavía». Al comienzo de la segunda guerra mundial, en 1939, quiso volver a Rumania para acompañar a sus compatriotas en las penurias del hambre y en la amenaza de la persecución. Llegado a ser obispo, fue arrestado y torturado todos los días, porque en la cárcel hablaba de Dios a los detenidos, logrando la conversión de muchos. Decía: «El que no se entrega a Dios totalmente, corre el riesgo de no encontrarlo jamás». Murió durante la tortura a los 81 años de edad. Se ha iniciado la Causa de su beatificación. A éstos y a otros mártires religiosos hay que agregar también heroicos seculares como el Secretario Nacional de las Obras Agrícolas **Iuliu Miniu**, devoto cristiano greco católico, cuya celda en la cárcel de Siguet, es todavía hoy meta de visitas de campesinos defendidos por él. Hoy, en los muros externos de la cárcel de Siguet, está esta lápida: *«Para el recuerdo: Sólo estos muros silenciosos conocen verdaderamente el martirio de tantos hombres valientes de Rumania, que han luchado contra el comunismo. Sea bendito su sacrificio y su recuerdo permanezca para siempre».*

Casi frente a la cárcel, un poco hacia el campo, se muestra todavía hoy el terreno en el cual los carceleros arrojaban los cuerpos de las víctimas. La piedad de la gente los sepultaba a flor de tierra y plantaba una cruz. Hoy aquel pedazo de tierra se llama *«El Campo de los Mártires»*, y es tal vez, el testimonio más elocuente de la pasión heroica de la Rumania Católica y de su fidelidad al Papa.

Para tener una idea de lo que sucedía en las cárceles comunistas de Rumania, vayamos ahora a la cárcel de Pitesti, ciudad del sur, a cerca de 30 kilómetros al Oeste de Bucarest. Aquí mandaba Eugen Turcanu, que obraba bajo la protección del jefe de la Seguridad, General Alexandra Nilolski. Turani experimentaba métodos bestiales para obtener «el lavado del cerebro», especialmente sobre los jóvenes estudiantes católicos y los seminaristas, recluidos en la prisión por su Fe. El secreto de lograrlo era sólo *la tortura*. A los

pobres jóvenes se les impedía dormir. El que se adormecía, se lo despertaba golpeándolo en las plantas de los pies, y en castigo, se los hacía caminar, horas y horas, en el patio de la cárcel, sin poder pararse ni siquiera un instante. Esta tortura llegaba casi siempre a dejarlo sin conocimiento: con los ojos desorbitados por el terror, las víctimas seguían caminando sin darse cuenta del tiempo y de lugar en que se encontraban. Un seminarista sobreviviente, Román Braga, describió su experiencia en estos términos: «Pienso que no hay ninguna mente, fuera de la de Lucifer, capaz de inventar el sistema «Pitesti», que nos tenía suspendidos entre la locura y la realidad, entre el existir y el no existir, con la idea obsesiva de poder desaparecer bajo el terror de las torturas o peor todavía tener que recaer en ellas. Reducidos así a robots, los pobres jóvenes, estaban obligados a renegar de su fe, con actos externos, con actos externos sacrílegos, contra los cuales no tenían ya la capacidad psicológica de substraerse. Entre la gente de la ciudad se decía: «Mejor 10 años en Buchenwald que uno en Pitesti».

La persecución comunista de la Iglesia Greco Católica de Rumania se inició en 1948. Pero ¿cuándo terminó? ¡Todavía no ha terminado! Año 1997: un joven sacerdote católico, de rito griego, enviado por el propio Obispo a un pequeño pueblo cuya iglesia en años anteriores había sido secuestrada por los comunistas y entregada a los ortodoxos, se puso de buena voluntad a construir una capilla para los fieles católicos de lugar. Es doloroso decirlo, pero fue golpeado y aún amenazado de muerte por el clero ortodoxo si no se iba del lugar. Al Rector del Seminario que había ido a ver a los padres un seminarista para anunciarles que el hijo, por razones de seguridad, sería trasladado a otra Parroquia, la madre pronunció estas palabras digna de la madre de los Macabeos: «Señor Rector, déjelo donde está, en nuestro calendario hay lugar para muchos mártires».

*Una última pregunta:* ¿Los católicos de los países libres de Occidente cómo valoran el martirio de la Iglesia Católica de Rumania? Antes que nada hay que decir que muchos *ignorán* simplemente que existió tal martirio y lo siguen ignorando todavía hoy. Uno de los heroicos obispos rumanos **Juliu Hirtea** escribió poco antes de morir, en 1970 estas palabras de denuncia y de súplica: «Vosotros nos llamáis «La Iglesia del Silencio», pero la verdadera «Iglesia del Silencio»

sois vosotros, vosotros cristianos del mundo libre que calláis y no nos ayudáis». Después tal vez está la incompreensión más vil. Un episodio, del cual tenemos certeza, y lo contamos con mucho dolor, pero animados por la esperanza de iluminar a los que no quieren ver, es éste, sucedido en 1995: el Obispo greco católico de una Diócesis de Rumania, que había pasado algunas decenas de años en las cárceles comunistas y había salido con la salud destruida y las huellas deformantes de las argollas de hierro, se presentó un día, acompañado por un sacerdote amigo, aun renco y la vestidura desgarrada, a un Prelado de una Diócesis de Occidente para recibir consuelo y, tal vez, ayuda. Después que fue presentado, non se le ofreció ni siquiera una silla, y allí, estando fatigosamente de pié, oyó estas duras palabras dictadas por la ignorancia o (pero no queremos pensarlo) por algún inexplicable secreto rencor: «¡Vosotros, católicos de rito griego sois los verdaderos culpables de la falta de unión con la Iglesia Ortodoxa!» Y fue despedido. El santo Obispo calló, saludó y salió. No contó jamás a nadie lo sucedido. Se conoció por el sacerdote presente al hecho. Nosotros pensamos que, oyendo tales palabras, los ojos del santo Obispo se habrían fijado, como en una visión sobre «*El Campo de los Mártires*», donde tantos cohermanos suyos lo habían precedido en el martirio por querer permanecer fieles a Cristo y al Papa. Sí, pensó, ciertamente, en ellos. En ellos con los cuales hoy, en el Paraíso, pueden unir sus llagas, también morales, a las llagas de Cristo, llagas eternamente abiertas, como fuentes de salvación por su Iglesia, la Iglesia Católica de Rumania, todavía hoy discriminada y perseguida no sólo por el poder comunista, sino (es doloroso decirlo) por los mismos hermanos de la Iglesia Ortodoxa.

## 7. La gran Matanza Nazi (1937-1945)

La historia ha demostrado claramente que la gran depuración racial, querida por Hitler, estaba, en realidad, dirigida contra la Religión. *¡Fue una verdadera persecución religiosa!* Poco después de su llegada al poder Adolfo Hitler reunió en la Secretaría del Reich a un seleccionado grupo de jefes nazis, a los que expuso su programa ideológico: «Es una cuestión decisiva –dijo– non es posible ser cristiano y alemán al mismo tiempo. «¡Se es lo uno o lo otro!» Para mejor

salir con su intento, Hitler buscó al principio, establecer concordatos con varias Iglesias y con el Judaísmo y de justificar los distintos arrestos y muertes de religiosos con la acusación de actividad política anti nazista. El Papa Pío XI, que el 10 de septiembre de 1937 publicó la importante Encíclica contra el nazismo: la «*Mit Brennender Sorge*», que comenzaba con estas palabras: «Con inquietante preocupación y creciente angustia vemos el doloroso camino de la Iglesia...» El que pone la raza o el pueblo o el estado por encima de todo, también de los valores religiosos, y los adora sacrílegamente, deforma e invierte el orden de las cosas creadas y queridas por Dios». El domingo de Ramos de 1937 la Encíclica fue valientemente leída en todas las iglesias católicas de Alemania, entre el vil silencio de las grandes Potencias, tanto que el Papa habló de un «Complot del Silencio».

Aquellos que hoy acusan al Papa de no haberse opuesto (primero y solo) al nazismo, vayan a leer la historia y ¡tengan al menos el pudor de callar y esconderse en la vergüenza! Junto al Papa, se levantaron contra el nazismo los Obispos alemanes, entre los cuales, los Cardenales Bertram, Faulhaber, Schulte y el heroico **Cardenal Clemens August von Galen**, denominado «El León de Münster». En sus prédicas dominicales denunciaba sistemáticamente como antihumano y anticristiano el programa eugenésico de Hitler, dirigido a eliminar a todos los enfermos incurables y a los disminuidos mentales. Y desafiaba a los nazis a venir a arrestarlo, si querían, en su Catedral; él los habría recibido de pie, delante del pórtico, revestido de los sagrados ornamentos, ¡con la mitra en la cabeza y el báculo en la mano!

Cuando en 1938, Hitler anexó al Austria, también en Alemania y en los países ocupados, comenzaron a surgir los terribles Campos de Concentración (*Lager*). No es posible recordar aquí las figuras de todos los Mártires del Nazismo en Alemania y en los otros lugares; por eso debemos limitarnos a algunos ejemplos más conocidos, pero sin olvidarnos que todo el pueblo cristiano sufrió el martirio de las leyes inicuas del nazismo en su persecución religiosa hasta la muerte.

Ya en 1938, un heroico sacerdote austriaco, el **P. Jacob Gapp** se opuso abiertamente a la propaganda de odio contra los judíos y los ciegos, que juzgaba contraria a la doctrina del Evangelio. Se le aconsejó refugiarse en España, pero

pronto quiso volver a su patria para luchar contra la injusticia. Fue de inmediato arrestado y procesado; (¡el proceso duró sólo dos días!) y decapitado en la prisión de Plötsensee. Era la tarde del 13 de agosto de 1943. Antes de la ejecución logró escribir una carta a su Superior religioso, que terminaba así: «Hoy espero iniciar mi vida en la Bienaventuranza eterna». El P. Gapp fue beatificado en 1995.

Ya en los años 1940-1941, sólo en el Campo de Dachau estaban concentrados varios miles de sacerdotes católicos, casi todos matados en el Campo o durante los así llamados «Transportes de los inválidos a otros campos», en cuyos viajes eran secretamente eliminados. En la expedición del 31 de octubre de 1941, partieron de Kostantinov más de 2.800 sacerdotes pero a Dachau llegaron sólo 130. Todos los otros habían sido eliminados a lo largo del viaje. Otro sacerdote austriaco, el Padre Johann Gruber fue internado en Mauthausen por ser sospechoso de transmitir noticias útiles a la salvación de los judíos. Porque no consintió en dar los nombres de los buscados, fue sometido a crueles tratamientos, flagelado hasta perder el conocimiento, y sumergido en agua helada en la esperanza de hacerlo hablar. Pero el P. Gruber se mantuvo firme hasta que la Policía decidió matarlo, lo cual aconteció el Viernes Santo de 1944, a las tres de la tarde (el día y la hora de la muerte de Jesús) ahorcándolo. El P. Gruber murió perdonando a sus verdugos; por esto es venerado hoy como «el Santo de Mathuasen». Poco antes de él, internaron en Dachau los nazis y después en Buchenwald al sacerdote Otto Neuroner, que por haber aceptado enseñar el cristianismo a un compañero de prisión (que en realidad era un espía) fue crucificado con la cabeza abajo y permaneció sobre la cruz durante treinta y seis horas antes de expirar. Fue beatificado en 1996. Un mismo fin, aunque no documentado por testigos oculares, parece haber sido la que le tocó a Mons. Kart Lampert por sus prédicas antinazis, quien fue sometido a brutales interrogatorios. Cuando los custodios le preguntaron si para él tuviese más valor el «Mein Kampf» de Hitler o el Evangelio, respondió: «Mein Kampf» es palabra de un hombre y enseña el odio. El Evangelio es palabra de Dios y enseña el amor». En el interior del Campo nazi la crueldad más sádica era sobre todo dirigida contra las personas religiosas cristianas o judías. A este propósito se

recuerda el infame doctor Klaus Schilling, que había organizado un «centro experimental contra la malaria», experimentado en los sacerdotes, especialmente polacos, contra los cuales nutrió un odio particular. Para los guardias de los lager, «sacerdote» y «perro» eran términos equivalentes.

Los sacerdotes estaban sometidos a los trabajos más pesados e inútiles, como transportar adelante y atrás cargas de hielo de un puesto al otro hasta que los pobres hombres caían a tierra muertos, casi siempre de paro cardíaco. Sabemos esto especialmente por el testimonio del **P. Joannes Lenz** que sobrevivió milagrosamente a estos esfuerzos sobrehumanos y que relató todo en el proceso de Nüremberg.

Una figura excepcional en oponerse abiertamente a la ideología nazi fue el jesuita alemán **Padre Ruper Mayer** muy amado de la gente y temido hasta de la Gestapo. El fue el gran propagador entre el pueblo de la Encíclica «*Mit Brennender Sorge*», publicada, como sabemos, en 1937. Por esto en el mismo año fue arrestado por primera vez, pero pronto se lo dejó en libertad por la influencia que ejercía en el pueblo. Apenas libre, el P. Ruper no se calló oponiéndose valientemente a las locas ideas anticristianas del «teólogo del nazismo», el Dr. Alfred Rosemberg, hasta que definitivamente arrestado e internado en el Lager de Schsenhauser. Sobrevivió hasta la llegada de las tropas aliadas e inmediatamente comenzó a predicar el Evangelio. Pero destruido físicamente por la dilatada prisión, murió poco después, precisamente mientras estaba predicando. En 1983 fue beatificado por sus heroicas virtudes.

Hitler no hacía distinción entre una religión y otra. En sus Lager terminaron sus días judíos sin número (pero de ellos hablaremos en el capítulo de Polonia, habiendo sido internados en el Lager de Auchwitz), cristianos evangélicos como el teólogo Dietrich Bonhoeffer, y también gente del pueblo cuya única culpa era la de poner a Dios por encima de Hitler, y el amor a Dios y al prójimo en contra del odio racial. Uno de estos ciudadanos heroicos fue el campesino austríaco **Franz Jägerstätter**, que de joven llevó una vida cristiana mediocre pero que después del matrimonio con Francisca llegó a ser un ferviente cristiano, con oración y comunión diaria, dedicando su tiempo libre al servicio de la Parroquia como sacristán. Cuando en 1938 llegaron a Austria, Franz continuó profesando

abiertamente la propia fe en Cristo, condenando públicamente las leyes anticristianas del Reich y negándose a prestar un servicio militar que, en conciencia, juzgaba ilícito. Al que le suplicaba de no poner así en peligro la propia vida y la de la familia, respondía sereno: «Es más importante temer a Dios que a los hombres». El 2 de marzo de 1943, Franz fue arrestado, recluido en la prisión de Linz y después en la de Berlín. Aquí su unión con Dios alcanzó la intimidad mística de la contemplación infusa, y aquí el 9 de agosto del mismo año, fue decapitado.

El capellán de la cárcel dejó este testimonio de él: «Puedo decir con certeza que este hombre sencillo es el único santo que yo había encontrado en vida».

Otra humilde campesina austríaca **María Cecilia Autsch**, Religiosa con el nombre de sor Angélica, fue arrestada porque mientras trabajaba se le oyó pronunciar para sí esta frase (que reflejaba su pensamiento interior) Hitler es un flagelo para Europa». Fue de inmediato internada en el Campo femenino de Ravensbruck, donde aguantó con una fortaleza heroica, las injurias más humillantes, pero fue pronto trasladada a Auschwitz.

Entre las mujeres deportadas había una doctora judía Margarita Schuvallorva que vestía un viejo y sucio uniforme ruso y tenía la cabeza rapada. Así humillada no se consideraba ya un ser humano. Ángela la vio, se compadeció de ella y acercándosele, acarició su cabeza. La doctora se conmovió y le tuvo amistad hasta la muerte. Cuando cayó enferma, aunque atea, escuchaba con gozo a Ángela que le contaba la vida de Santa Teresita de Lisieux. Pero Ángela tenía delicadezas impensadas para con todas las detenidas, con las cuales repartía regularmente la propia comida, aunque estuviera severamente prohibido. Murió en un bombardeo, dos meses antes de la llegada de los aliados. En el Campo la llamaban «El Ángel de Auchwitz».

Como el lector comprenderá, es aquí imposible dar también un breve elenco de los Mártires víctimas de las ideología atea nazi. Nos limitaremos a recordar sólo al Padre Carmelita **Tito Brandsma**. Era holandés y se hizo sacerdote el 17 de junio de 1905. Inteligentísimo y piadosísimo, sobresalió en los estudios y en la santidad hasta llegar a ser elegido Rector Magnífico de la Universidad de Nimega. Mientras tanto el P. Tito se dedicaba con entusiasmo al periodismo,

combatiendo denodadamente la ideología atea del invasor. Por esto fue arrestado e internado primero en el Campo de Amersfoort, después en el de Schveniuigen y finalmente trasladado a Dachau. El P. Bransma tuvo dos sobrenombres en su vida: de niño era tan pequeño y delgado, que lo llamaban «Punto». Mientras que en Dachau los carceleros lo llamaban cariñosamente «tío Tito». Durante las largas caminatas para dirigirse al trabajo en los Campos, muchos prisioneros se acercaban a él para confesarse o para recibir una palabra de aliento. Pasaron así los meses de la pasión que él vivió junto a Jesús Eucarístico, que tenía escondido en un estuche de sus lentes, hasta que llegó el día del encuentro eterno con su Salvador. Todo acaeció velozmente el 26 de julio de 1942, cuando el jefe del bloque Fritz Becher ordenó a una enfermera colocarle una inyección de ácido fénico. El Doctor que «lo tenía a su cuidado», apenas Tío Tito expiró, salió con esta expresión: «Finalmente este puerco de perro ha muerto», y redactó el certificado de defunción. Tres días después su cuerpo fue cargado con otros en un carro y llevado a un horno crematorio. Es consolador saber que tanto la enfermera que le puso la inyección mortal, como el jefe del bloque Fritz Becker, antes de la ejecución capital que mereció por los crímenes cometidos, recuperaron la fe en Dios y murieron cristianamente. El 3 de noviembre de 1985 «Tío Tito» fue proclamado Beato y Mártir de la Fe.

## **8. Polonia heroica (1939-1989).**

Aquello que hace de Polonia y su pueblo «algo especial» en el florecer de los Mártires es el hecho de que esta Nación soportó las sucesivas invasiones, *primero de la persecución nazi y después de la comunista* y las enfrentó durante cincuenta años, desde 1939, cuando (después del criminal pacto Molotov-Ribentrop) la Nación polaca fue invadida por el Oeste de las tropas nazis y por el Este de los comunistas, hasta 1989, cuando a continuación de la rebelión popular de «Solidaridad», el comunismo cayó en la misma Unión Soviética.

Y comenzamos con los nazis. Según cálculos verídicos, 3650 sacerdotes religiosos polacos murieron en los Campos de Concentración nazis, especialmente en los de Dachau y Auschwitz. Y de ellos, más de las tres partes



murieron por agotamiento o fueron matados. En el Campo de Auschwitz los nazi concentraron a los judíos capturados en todas las naciones ocupadas por el Reich e hicieron exterminio humano, eliminándolos en cámaras de gas en número de 4 millones, según algunos, o de 6 millones, según otros. Fue un verdadero genocidio, teniendo en cuenta el número relativamente pequeño de los judíos que viven en el mundo. Es necesario no olvidarse que en Auschwitz fueron matados también más de tres millones de católicos polacos, en gran parte precisamente por ser católicos y de ellos la quinta parte de total de todos los sacerdotes de Polonia. Si después consideramos a los cristianos matados por los nazis en las otras partes (lager), especialmente en Bunchenwald, en Nauthausen, y en Dachau (llamado el cementerio de los sacerdotes), entonces, si es justo hablar del Holocausto de los Judíos, se debe también hablar del «Superholocausto de los Cristianos».

Por cuanto se refiere a la persecución comunista, nos basta aquí recordar que ya en 1939, más de medio millón de católicos polacos habían sido deportados a Siberia y de ninguno de ellos se ha sabido nunca qué fin tuvieron. Al final de la guerra (1945), los soviéticos invadieron de nuevo a Polonia, imponiéndoles el así llamado «gobierno provisorio» comunista, que, además de robarle casi toda la producción agrícola, intentó, por todos los medios, imponer al pueblo el marxismo ateo. Y esta propaganda atea continúa todavía. Entre los años 1945-1947, un centenar de sacerdotes, de los más activos en el campo religioso, desapareció misteriosamente y, muy probablemente, murieron mártires. Siguiendo el ejemplo del nazismo, también el comunismo desató una cruel persecución legal contra la Iglesia, confiscando las propiedades, las escuelas y las obras de caridad, transformándolas en organizaciones anticristianas, como la Asociación «Pax» que era considerada por el pueblo más estalinista que «el mismo Partido comunista polaco». Después se pasó al arresto de los Obispos que se oponían al comunismo: el Obispo de Kielce fue condenado a doce años de cárcel, y en e1953 fue arrestado el mismo heroico Cardenal Stefan Wyszynski, junto con muchos obispos y novecientos sacerdotes; apenas dos años después, en 1955, fueron encarcelados más de dos mil, entre sacerdotes y laicos, que se oponían al ateísmo de Estado.

Frente a esta abierta oposición, la Polonia católica reaccionó con la célebre Peregrinación de Nuestra Señora Negra de Czestochowa, que conmovió a todo el País. La gente participaba en masa, fervorosa con la esperanza en ella, la Reina de la Patria.

Entonces la Policía comunista pensó «arrestar» también a la Virgen, robando ocultamente su imagen. Pero la peregrinación continuó igualmente ¡llevando por la ciudad y los pueblos la urna vacía! Cuando a mediados del año 1980 el movimiento «Solidaridad» fuerte de millones de socios colaboradores salió a las plazas reclamando la libertad social de Polonia, la Virgen Negra ya había sido «liberada» por el pueblo. Y fue propiamente en este clima de fervor y de tensión que el ateísmo comunista «donó» a la Iglesia el último mártir polaco: el sacerdote Jerzy Popieluszko, del cual hablaremos más adelante. Sólo algún año después, en 1989, el comunismo soviético sería derrumbado sobre sí mismo, como un árbol marchito, si bien, como sabemos, sus raíces ateas han quedado agarradas acá y allá, en el mundo entero y envenenan todavía hoy a naciones enteras (como sucede en Corea del Norte, Cuba, Vietnam) donde proliferan las dictaduras, la irreligiosidad, la miseria y el hambre. Pero demos ahora alguna noticia sobre los mártires cristianos de Auschwitz comenzando por un sacerdote polaco de apellido alemán, **Padre Maximiliano María Kolbe**.

El Campo de Auschwitz era un Campo de exterminio. Cuando un tren llegaba al Campo, los prisioneros eran reunidos por el comandante Rudol Höss, que les dirigía estas palabras: «Quiero recordaros que no habéis llegado a una estación termal, sino a un campo de concentración alemán. De aquí podréis salir a través del camino de los hornos crematorios o también arrojándoos contra las rejas de alta tensión. Si alguno de vosotros es judío, sepa que tiene el derecho de vivir no más de dos semanas; un mes para los sacerdotes y tres meses para los demás». Y bien, de uno de los primeros convoyes que llegaron a Auschwitz bajó también el Padre Kolbe. El fraile había sido arrestado por motivos exclusivamente religiosos, sobre todo porque era el fundador de la «Ciudad de la Inmaculada», una especie de convento-tipografía, en donde se editaban libros y diarios, que se leían en toda Polonia, entre los cuales el muy difundido «El caballero de la Inmaculada», que en 1938 (un año antes de la invasión nazi)

había llegado al tiraje de 800.000 ejemplares. ¿Cómo dejar libre a un individuo tan peligroso? Cuando las SS (las Fuerzas de Seguridad) se presentaron para arrestarlo, fueron recibidos con un saludo muy distinto del que habitualmente se usa entre ellos: «¡Sea alabado Jesucristo!» Recluido primero en dos prisiones diversas, se decidió después a mandarlo a Auschwitz, en el célebre bloque 14. Pero en julio de 1941, un prisionero del bloque 14 logró escapar de Auschwitz, no se sabe cómo, puesto que los perros cazadores no lo pudieron encontrar. El comandante del bloque Karl Fritsch, que les pasaba revista, procedió a diezmar a los prisioneros; diez de ellos elegidos por Fritsch que se paraba por capricho delante del elegido, el cual en el acto era empujado hacia atrás. Así eligió a diez, según la ley del Campo. Alguno con valor gritaba: «Adiós, amigos, nos veremos en el cielo». Otros, y con desprecio al verdugo alemán: «Larga vida a Polonia. Por ella doy mi vida». Pero, entre estos diez había un hombre, el sargento polaco Francisco Gajowniczeck, prisionero número 5659, que, derrotado psíquicamente prorrumpió en llanto gritando: «¡Pobre mi mujer, pobres mis hijos, Adiós, Adiós!» En este momento sucedió un hecho jamás visto: el prisionero 6670 salió de la fila y se dirigió hacia el comandante Fritsch. Era un riesgo terrible, porque un prisionero que hubiera hecho un mínimo movimiento sin autorización, era matado en el lugar. Milagrosamente el 6670 consiguió acercarse al oficial y le dijo en alemán: «Quisiera morir en lugar de uno de estos hombres. Entonces, milagrosamente Fritsch, en vez de sacar la pistola y disparar, preguntó casi mecánicamente: «¿Por qué? Al prisionero le brotaron de los labios estas palabras que recordaban un conocido principio nazi: «Los enfermos y los débiles deben ser eliminados, señor, y yo soy un hombre viejo y mi vida no es ya útil a ninguno...». Fritsch le preguntó de quién quería ocupar el puesto. «De aquel con mujer e hijos», respondió el Padre Kolbe. Y tú, ¿quién eres?, añadió el comandante. «Un sacerdote católico», respondió el Padre Kolbe. Su propuesta fue aceptada y el No. 5659 fue separado de la fila y en su puesto, junto a los otros nueve condenados a la muerte por hambre y sed se agregó el N° 6670.

El bloque 13 se llamaba «Primeros de la Fila», porque ninguno había regresado de allí.

Extendidos por tierra, en una oscuridad total, sin alimento y sin agua, los condenados estaban obligados para sobrevivir a beber la propia orina o la de los otros, hasta que, acabada también aquella, los prisioneros caían en un estado de colapso dolorosísimo que llevaba a la locura o a la muerte. Pero aquella vez, la presencia del Padre Kolbe en el bloque 13 fue como un rayo de sol que atenuó en el corazón de los condenados las tinieblas de la desesperación. Animaba a todos, sean judíos como cristianos, a esperar en Dios. Con su ejemplo y con su continua plegaria llevaba a Dios a todos los condenados. Los mismos guardianes que periódicamente visitaban a los prisioneros, quedaban admirados; por primera vez el bloque 13 más bien que un infierno parecía un paraíso; se rezaba casi sin parar, se cantaban alabanzas religiosas y, aunque entre los dolores más atroces, se respiraba la esperanza. El Padre Kolbe, así lo quiso la Providencia, fue el último en morir y fue matado con una inyección de ácido fénico, porque el director del bloque estaba impaciente para poder hacer entrar a otro grupo de condenados que esperaba ya algunos días. Cuenta el Dr. Boch, que le puso la inyección: «El Padre Kolbe, que estaba absorto en oración, encontró la fuerza de levantar el brazo para facilitarme la operación». Era el 14 de agosto de 1941. El día siguiente, 15 de agosto, fiesta de la Asunción de María Santísima al Cielo, su cuerpo fue arrojado a los hornos crematorios y sus cenizas, a través del gran camino del humo, subieron también al Cielo, en una mística Asunción hacia su Madre Inmaculada y nuestra. Fue proclamado Santo el 10 de octubre de 1982. Pero Kolbe es sólo el más conocido de los católicos, sacerdotes y hermanas) que en Auschwitz sufrieron el martirio. El Papa Juan Pablo II, para evitar derivaciones políticas, esperó hasta 1999 para proclamar Beatos 108 polacos, elegidos como símbolos de una innumerable corona de hermanos mártires.

Pero fijemos ahora nuestra atención en un episodio poco conocido, acaecido en 1943, dos años después del martirio del Padre Kolbe, a saber la masacre de once Hermanas de la Congregación de la Sagrada Familia de Nazaret, que estaba establecida en Nowogrodek desde 1929, en donde había restaurado la bellísima iglesia de la Transfiguración y estaba dedicada a la asistencia de los pobres, abriendo también una escuela para los niños. En 1942 los nazis, luego de la rotura del pacto Ribentrop-Molotov, ocuparon la ciudad y los militares de la

Gestapo quisieron mostrar enseguida una lección de «fuerza» matando en la plaza pública unos 5 judíos y después de algún tiempo, a dos sacerdotes católicos. Luego comenzaron los arrestos de civiles, que con frecuencia, no volvían más a la casa. La población estaba aterrorizada. Entonces la Superiora, Hna. Estrella del Santísimo Sacramento, hizo a Dios esta súplica: «Dios mío, sé que es necesario el sacrificio de nuestra vida; es mejor que nos fusilen a nosotras hermanas, en vez de aquellos que tienen familia. Te pedimos aceptes nuestro ofrecimiento». La heroica oración fue escuchada por Dios.

El 31 de julio de 1943, las Hermanas recibieron la orden de presentarse todas al comisariato alemán, donde fueron interrogadas y después cargadas sobre un camión que las condujo a un lugar distante cinco kilómetros de la ciudad. Aquí, al día siguiente, primer día del mes de la Asunción, todas las Hermanas fueron fusiladas. Por razones desconocidas todos los civiles arrestados fueron liberados y lograron salvar su vida.

Pero he aquí ahora la historia de otra mártir de Auschwitz: esta vez una mujer, una alemana, una judía de raza, después atea, finalmente católica y Hermana Carmelita. Su nombre era Edith Stein. Muy inteligente, llegó a ser asistente del filósofo Edmund Husserl y ella era profesora universitaria. Todavía atea, profundizando la filosofía, del maestro, se encaminó a la búsqueda de la verdad y encontró aquella fe en Dios que había abandonado. Una tarde, habiendo encontrado la autobiografía de Santa Teresa de Jesús, la leyó durante toda la noche. A la mañana, cerrando el libro, se dijo a sí misma: «Ésta es la verdad» y decidió hacerse católica. Inmediatamente compró un catecismo y un misal y los asimiló profundamente, encontrado en ellos la respuesta a sus más íntimas aspiraciones de unión con Dios. Ahora más que al estudio se dedicaba a la oración, deteniéndose largas horas ante el Santísimo Sacramento, hasta que un día se dirigió al Párroco y le pidió el Bautismo. La fecha se fijó para el 1 de enero de 1922.

Desde aquel día, el encuentro con santos sacerdotes, como el insigne jesuita Erich Przywara y con laicos fervorosos como Max Scheler la orientaron a ofrecer totalmente la propia vida al Amor Infinito, a Jesús, el Hijo de Dios, haciéndose Religiosa entre las Carmelitas Descalzas del Convento de Colonia. Ciertamente,

el más grande sacrificio de Edith fue la separación de la madre, judía ferviente. Edith se quedó en la casa de ella casi un mes, hasta que llegó el día del gran adiós. El 12 de octubre de 1933, antes de atravesar el umbral de la casa, Edith, llorando, se abrazó fuertemente a su madre, murmurando al oído estas palabras: «Que el Único y Eterno esté contigo» (cita de la Biblia). No se verían más sino en el cielo. En el monasterio de Colonia Edith quiso tomar el nombre religioso de Teresa Benedicta de la Cruz, deseando encontrar la verdadera felicidad en la cruz de Jesús. Entre tanto los nazis intensificaban la caza a los judíos. Por esta razón la Superiora de Colonia trasladó a la Hna. Edith a Holanda, al Convento de Echt, donde la recibió su hermana Rosa, que también se había hecho católica.

Pero en la tarde de un domingo, el 2 de agosto de 1942, la Policía alemana llamó a la puerta del Convento y ordenó que la Hna. Edith y Rosa la siguieran con otros prisioneros al Lager de Westerbork, donde a Edith se la vio consolar a muchos niños pequeños judíos que lloraban espantados. El 7 de agosto, un pequeño número de detenidos, entre los cuales Edith y Rosa, fueron cargados en vagones de carga en dirección al Campo de exterminio de Auschwitz. Por documentos del Campo sabemos que la Hna. Teresa Benedicta de la Cruz murió el 9 de agosto de 1942 en una cámara de gas. Fue proclamada santa por el Papa Juan Pablo Pablo II el 11 de octubre de 1998. Pero en Polonia la persecución continuó también después del fin de la guerra: esta vez por parte del régimen comunista, especialmente contra la Iglesia Católica y el sindicato obrero «Solidaridad».

Sacerdotes y Obispos eran asaltados de noche y golpeados por cuadrillas comunistas.

Muchos, como el **Obispo Kluz** y el **Padre Kowalczyk** perecieron en misteriosos «accidentes automovilísticos»; el automóvil del Obispo de Gulbinowicz fue hecho saltar por el aire con una bomba. El P. Tdensz Zaleski fue quemado en el rostro con ácido corrosivo y después arrojado al fuego. Muchos sacerdotes fueron encontrando muertos con señales de violencia en circunstancias misteriosas. Símbolo de esta difundida persecución, que produjo muchos Mártires ignorados ha quedado la figura del **Padre Jerzy Popieluszko**, un joven sacerdote de Varsovia, dedicado a la formación religiosa de los obreros, y por esto, preso por

los agentes de la Policía secreta comunista, que lo arrestaron hasta 7 veces y que al fin decidieron suprimirlo con un atentado dinamitero, afortunadamente fracasado. Pero la tarde del 19 de octubre de 1984, mientras el P. Jerzy volvía a su Parroquia de S. Estanislao de Kostka de Varsovia, fue detenido por tres oficiales de la Seguridad Pública. Sin pronunciar palabra los tres comenzaron a golpear al sacerdote hasta arrojarlo violentamente al suelo. Después lo torturaron cruelmente hasta quitarle la vida. Luego ataron al cuerpo martirizado pesadas piedras y lo arrojaron en las profundas aguas del Vístula. Cuando el cuerpo del mártir fue encontrado, los obreros polacos que tantas veces habían oído de su boca esta exhortación: «Luchad, pero sin violencia. La violencia es señal de debilidad, mientras que una idea movida por la justicia y el amor, puede cambiar el mundo», lograron hacer caer el comunismo en Polonia sin violencia. ¡Y no sólo en Polonia! El cuerpo del P. Jerzy fue sepultado en un terreno, junto a su Iglesia de Varsovia, bajo la cruz de piedra de una enorme corona del Rosario, hecha ella también de piedras, unidas por una cadena de hierro. En su funeral le rindieron honor, estrechados junto a los desolados padres, más de cuatrocientos mil polacos, representación espiritual de los hombres libres de todo el mundo.

### **La Hungría del Cardenal Mindszenty**

**(1939-1945-1989)**

La persecución de los comunistas en Hungría contra la Iglesia se desencadenó, sobre todo, cuando la segunda guerra mundial ya había finalizado. Por esto en el título hemos hecho resaltar el año 1945. Y fue propiamente en aquel año cuando los comunistas se apoderaron del gobierno y lograron astutamente atraer hacia ellos a algunos hombres de la Iglesia, los cuales, por amor a la paz, cayeron en la trampa.

Resultado: todas las escuelas católicas fueron confiscadas. Las Órdenes Religiosas declaradas fuera de la ley. Muchísimos sacerdotes fueron arrestados, torturados y muchos matados, sin dejar rastro de ellos. Contra este atropello y este colaboracionismo vergonzoso surgió la heroica figura del **Cardenal José Mindszenty**, nuevo Primado de la Iglesia de Hungría, del 1945 al 1974. La

inesperada y heroica oposición del Cardenal provocó la inmediata reacción del régimen comunista. Mindszenty fue arrestado y de inmediato sometido a una infame tortura psíquica durante cuarenta días consecutivos. El Cardenal, mientras estuvo en condiciones de entender y querer, lo dejó de defender los derechos de la Iglesia. Con él fueron arrestados seiscientos sacerdotes, cuyo final hasta hoy es un misterio. Sólo se sabe que muchos de ellos fueron deportados a Siberia. El 3 de febrero de 1949 se abrió en Budapest contra Mindszenty –ya reducido a una máscara de hombre– un proceso-farsa de espionaje. Las inhumanas torturas lograron destrozar la capacidad de resistencia psicológica del Cardenal, que admitió culpas jamás cometidas, por las cuales fue condenado al calabozo.

En octubre de 1956 Mindszenty fue liberado por los húngaros patriotas, durante la gran rebelión anticomunista, rebelión que por desgracia, fue inmediatamente aplastada por los tanques armados soviéticos, como sabemos. Nuevamente cercado por los comunistas, Mindszenty logró refugiarse en la Embajada Norteamericana, donde permaneció hasta 1971, cuando el jefe del gobierno Kadar, aceptando el pedido de Pablo VI, le concedió el permiso para trasladarse a Viena. Al principio el Cardenal rehusó abandonar la Patria y la Iglesia de Hungría, pero sólo cediendo a las insistencias del Papa, decidió trasladarse a Roma para saludar al Sumo Pontífice y después trasladarse al Seminario de Viena, donde murió el 6 de mayo de 1975. Antes de morir, el Cardenal heroico escribió un libro, que todos deberían leer, titulado sencillamente: «*Memorias*», pero de un contenido escalofriante y edificante, que todavía sirve de guía y modelo de todo cristiano que quiera ser digno de este nombre.

### **La Checoslovaquia del Arzobispo José Berán (1945-1989).**

Después de la caída del nazismo la Iglesia Checoslovaca era bastante fuerte. Pero después de la guerra, con la subida al poder de los comunistas de Clemente Gottwald la persecución contra la Iglesia trató de infiltrarse en las actividades educativas de la Iglesia, en la Acción Católica y en las Órdenes Religiosas, pero encontró enseguida un obstáculo insuperable: el Arzobispo de Praga, **Mons.**



**José Berán**, que por su anterior oposición al nazismo, había estado internado durante tres años en los Lager de Terezín y Dachau. Odiado a muerte por los comunistas, Berán fue arrestado en su Catedral de San Vito, mientras estaba pronunciando una enérgica y valiente homilía en defensa de la Iglesia e internado en varias prisiones comunistas, de las cuales salió sólo después de 14 años, en 1963.

Mientras tanto, el infame ministro de justicia Alejo Cepita (considerado entre los más crueles perseguidores de la Iglesia, comenzó a poner en escena varios procesos contra sacerdotes y Obispos: el Padre Otto Madr fue acusado de espionaje y condenado al calabozo. Igual suerte le tocó al Obispo de Breslavia, Mons. Miguel Buzulka y al Obispo Latino de Presov, Mons. Pavel Gojdic, que murió en la prisión Leopoldov en 1960. En aquellos años, más de 7.000 sacerdotes y un millar de laicos fueron internados en los Campos de trabajo forzado, muchos en las minas de Ostraba. También hubo muchísimos mártires, desgraciadamente bien camuflados por la Policía, como si fueran muertes accidentales. Aquí podemos recordar el martirio de la heroica Hermana Zdenka Schelingova de la Congregación de la Santa Cruz. Su vida enteramente dedicada al cuidado de los enfermos como enfermera, se interrumpió porque fue sorprendida ayudando a huir del hospital de Bratislava a un sacerdote que debía ser deportado a Siberia. Condenada a 16 años y recluida en la cárcel de Praga, fue todos los días torturada de un modo inhumano; era colgada con la cabeza para abajo y golpeada por horas y horas hasta que, reducida al final de su vida, fue liberada. Murió tres meses después, el 31 de julio de 1955. Todas las compañeras de prisión han testimoniado que sufría en silencio y que hablaba sólo para perdonar a sus verdugos.

En 1968 explotó la célebre «Primavera de Praga»: la población se rebeló a los comunistas que sofocaron de inmediato con sangre toda esperanza de libertad, con la invasión de los carros armados rusos. Desde aquel año la persecución comunista se volvió más violenta, especialmente contra los niños que estaban atemorizados y eran amenazados de muerte si no dejaban de frecuentar la Iglesia y los pocos sacerdotes que habían quemado.

A este punto, los comunistas intentaron eliminar a los Obispos, matándolos, aprisionándolos y deportándolos a Siberia. Entonces se consagraron Obispos ocultamente. Entre ellos, recordamos al sacerdote **Jam Korec**, declarado enseguida «héroe nacional», por su heroica defensa de la Iglesia y del pueblo. Cuando la policía llegó a conocer el hecho arrestó a Mons. Korec y le obligó a trabajar como barrendero en las calles de Bratislava, su ciudad. Esto es, pero ha sido mucho más, el martirio de la Iglesia Católica de Checoslovaquia; un martirio consumado en el silencio de las Potencias Occidentales, pero conocido sólo por Dios y ahora también por aquellos que quieren conocer la verdad.

### 9. Albania, el Estado más ateo del mundo (1944-1990).

Albania siempre ha sido una nación cristiana hasta que los turcos otomanos, en el siglo XV, la invadieron e impusieron la religión musulmana. Hoy más de las dos terceras partes de los albaneses son musulmanes; la otra tercera parte es cristiana, dividida entre ortodoxos y católicos. Durante la segunda guerra mundial imperaba el fascismo, al cual la Iglesia resistió con todas sus fuerzas, especialmente por obra de los franciscanos. Entre ellos destaca la noble figura del P. Antón Harrapi, apóstol de los jóvenes y de los enfermos. Luchó contra los fascistas, pero terminada la guerra, fue arrestado y matado bárbaramente por los comunistas. Murió perdonando a sus enemigos.

En 1944, los comunistas tomaron el poder en Albania y de inmediato su leader Enver Roxha declara querer hacer de Albania una nación totalmente atea. De aquí las brutales persecuciones antirreligiosas que este «monstruo del odio» desencadenó contra la Iglesia durante cuarenta años. Como de costumbre comenzó con la confiscación de todas las iglesias, escuelas, hospitales católicos y con la supresión de todas las Órdenes Religiosas (la mayoría italianas) que habían dado al pueblo albanés cultura y asistencia social caritativa. Después comenzó la caza al sacerdote. Los primeros mártires de estos años (estamos en 1948) fueron los franciscanos, el P. Luli y el P. Harrapi y dos sacerdotes seculares, **Lazer Shantoia** y **Andrés Zadeja**, condenados propiamente porque eran sacerdotes y matados con torturas inenarrables. Al P. Shantoia le fueron

despedazadas las piernas y los antebrazos de modo que sólo podía caminar ¡apoyándose en los codos y en las rodillas! Al poco tiempo después fue matado. Y no debemos olvidar que tras estos mártires, había una inmensa cantidad de fieles cristianos que eran exterminados en secreto de noche o simulando desgracias porque Hoxha no quería que se conociera en el exterior el genocidio que estaba cometiendo.

El mismo fin tuvo el P. jesuita **Gjon Fausti** y el Rector del Seminario, **P. Daniel Dajani**, los dos fusilados por ser fieles al Papa. Terrible fue el martirio sufrido por el Obispo Franciscano de Durres, **Mons. Vicente Prendusci**, condenado a 20 años de trabajo forzado por su fidelidad al Papa, diariamente azotado hasta sangrar y finalmente ahorcado en el baño de la prisión. Una suerte todavía peor tocó al Obispo Franco Pijni, que fue torturado todos los días con descargas eléctricas y con tajos profundos en el cuerpo, que eran cosidos después de haberlos llenados de sal. Igualmente el Obispo Cipriano Nilaj fue fusilado después de crueles torturas, junto a veinte sacerdotes que no quisieron renegar de su fidelidad al Papa: le clavaron astillas de madera bajo las uñas de las manos y de los pies. El Obispo Nikaj, durante la tortura era objeto de burla de sus verdugos, que le hacían preguntas irónicas sobre la existencia de Dios, a las cuales respondía seriamente, a pesar de los atroces dolores. Un día, a un guardián que le dijo: «Mi dios es Enver Hoxha», contestó con bondad: «Mi Dios es Jesús», y fue matado al instante. Hoxha quería eliminar toda la jerarquía católica. Y casi lo consiguió, de tal modo que ya en los comienzos de 1946, sólo un Obispo había quedado vivo, **Bernardino Shllaku** porque fue ocultado por los fieles en las montañas del Norte.

El **P. Nikoll Gazuli** mientras administraba la Unción de los Enfermos fue herido por la espalda. Moribundo, pero vivo todavía, para dar una lección a los cristianos del lugar fue colgado en una plaza pública, un día por los brazos con la cabeza en alto y otro por los pies con la cabeza abajo. Así por muchos días hasta morir.

En el año 1960 Hoxha pasó del comunismo soviético al chino y en 1967 quiso imitar la «revolución cultural» de Mao. Las víctimas fueron más de 80.000. El 22 de noviembre de 1967 declaró que toda religión estaba «fuera de la ley» y acrecentó las persecuciones, llegando a extremos satánicos. Un sobreviviente a

esta crueldad, cuenta cosas como la siguiente: «Los prisioneros eran golpeados regularmente con pesados palos en los pies. Otros eran metidos a pie en agua hirviente hasta que se les despellejaba la piel y entonces se los rociaba con sal. A otros se les introducía en los oídos y en la nariz hilos eléctricos, a los cuales luego se les daba la corriente. A otros se les arrancaba todos los dientes con pinzas. A otros se los obligaba a beber la propia orina y comer sus excrementos. La furia demoníaca comunista se desencadenó particularmente contra las religiosas que se las humillaba de todas maneras, aún en público, en las plazas y en la ciudad».

En aquellos años la vida religiosa se desarrollaba clandestinamente por los cristianos. La Santa Misa se celebraba en los sótanos, arriesgando la vida. El que era sorprendido rezando el Rosario en familia o enseñando la señal de la cruz era inmediatamente condenado a cinco años de cárcel.

Desde 1990 el gobierno albanés permitió alguna función religiosa pública; se vio entonces que la fe había permanecido viva en el corazón de los cristianos perseguidos, ¡tan grande fue el número de los cristianos que participaron en ella! Pero el balance de los mártires fue enorme. Casi todos los Obispos albaneses fueron matados entre torturas dolorosísimas: sobre un total de 256 sacerdotes, sólo quedaron 27; mientras decenas de millares de laicos fueron asesinados por su Fe. Juan Pablo II, hablando a los supervivientes de la persecución comunista, tuvo esta expresión de dolor y admiración: «Vosotros, queridos albaneses, habéis conservado la Fe, no obstante las torturas y el martirio a causa de la adhesión al Evangelio. ¡La Iglesia no podrá jamás olvidaros!» (3-11-2001).

#### **10. La Bulgaria del Beato Eugenio Bossilkov (1945-1989)**

También en Bulgaria, con la venida del comunismo al gobierno, los cristianos sufrieron un martirio tan cruel como ignorado. De él surge como un símbolo, la heroica figura del Obispo de Russe, *Mons. Eugenio Bossilkov*, de la Orden de los Pasionistas. Él había sido condenado por uno de esos acostumbrados procesos-farsas que el régimen comunista había organizado en todas las naciones donde se había apoderado del poder.

El 16 de julio de 1952 la Policía expropió las Comunidades católicas y los dos Seminarios. Después apresó al Obispo Bossilkov y 40 sacerdotes fieles al Papa. En los dos largos meses que permaneció en la cárcel antes del proceso, el cual tuvo lugar el 29 de septiembre, el santo Obispo sufrió torturas físicas y psíquicas (que él denominó «torturas satánicas»), que lo condujeron a confesar crímenes falsos contra el comunismo. El 3 de octubre de 1952, el tribunal dictó la sentencia de pena de muerte por fusilamiento. El Obispo fue ajusticiado el 11 de noviembre. El 15 de marzo de 1998, Juan Pablo II lo elevó oficialmente al honor de los altares, proclamándolo Beato. En 1999 la Corte Suprema Búlgara reconoció oficialmente que el Obispo Bossilkov había sido condenado injustamente y ordenó que en la prisión, en la cual murió, se pusiera una lapide en memoria de su martirio. Y así hoy, la Iglesia Católica Búlgara tiene (junto a millares de otros mártires) un gran protector en el cielo y un ejemplo admirable para imitar en la tierra.

### **11. La Croacia del Beato Alojzije (Luis) Stepinac (1898-1960)**

El Obispo croato Luis Stepinac se opuso siempre con firmeza a las limitaciones de la libertad religiosa impuestas por el régimen de Tito. Por esta razón fue injustamente procesado y condenado por los tribunales comunistas. Fue grande su empeño en defensa de los niños todavía no nacidos, desde el momento de su concepción. Durante el período de las persecuciones raciales de Hitler, Stepinac salvó también la vida de muchísimos judíos. El Cardenal fue matado por sus carceleros comunistas con un veneno que le era suministrado un poco cada vez. He aquí una síntesis de su historia:

*Alojzije Stepinac: El resto de su vida en la cárcel  
por no ceder al chantaje.*

Stepinac asumió la sede del Arzobispado de Zagreb el 7 de diciembre de 1937, en condiciones sumamente difíciles respecto de la religión, la sociedad, la política y la economía, tanto en Croacia como en todo el mundo. En la vorágine de los hechos bélicos, Stepinac, arriesgando su vida tanto ante los nazis como ante los comunistas, continuó luchando por el valor indudable de su nación

croata, y al mismo tiempo se transformó en un luchador intrépido de los derechos fundamentales de cada hombre y cada nación, defensor de la verdad y de la moral, protector de todas las personas amenazadas, sin tener en cuenta su pertenencia nacional y religiosa.

Cuando llegó el nuevo gobierno, Stepinac continuó trabajando en forma impávida, según lo dictaba su conciencia. Los comunistas sabían que no podían acusarlo de nada, por lo que lo dejaron trabajar en las nuevas condiciones. Sin embargo, se decepcionaron cuando vieron que no podían ponerlo de su parte ni convencerle de separar a la Iglesia Católica en Croacia de la Santa Sede, aun después de quince meses de nuevo gobierno.

El 12 de junio de 1946 Stepinac fue detenido. Acusado de colaboracionismo con el régimen ustacha, se le preparó una farsa de juicio. El tribunal popular admitió 58 testigos en contra del acusado y sólo siete a su favor, pese a que la defensa había propuesto 35. Uno de los siete era un serbio ortodoxo, Milutin Radetic, director de la clínica universitaria de Zagreb, a quien, en la guerra, los ustacha habían apresado y condenado a muerte por haber prestado asistencia médica a partisanos. Se salvó de la ejecución por la intervención personal de Stepinac. Su testimonio no fue tenido en cuenta por los jueces, que lo expulsaron de la sala llamándolo «clero fascista». Parecida suerte corrieron los otros testigos favorables. Poco después, Radetic perdió su puesto en la clínica.

El 11 de octubre Stepinac fue condenado a 16 años de trabajos forzados y cinco de privación de los derechos cívicos. Fue enviado a un campo de prisioneros en Lepoglava. Los carceleros no se atrevieron a imponer al arzobispo los trabajos que mandaba la sentencia: sabían que era un símbolo de la nación croata y cualquier violencia contra él podría provocar una revuelta por parte de los demás presos. Por ello, le mantuvieron encerrado en una celda pequeña, sin apenas ventilación.

En 1951, el arzobispo estaba muy enfermo. La presión internacional logró por fin que fuera dejado bajo arresto domiciliario. Estrechamente vigilado, permaneció recluido en la parroquia de Krasic hasta su muerte.

Aislado, Stepinac consiguió sin embargo hacer llegar su voz a numerosas personas a través de una abundante correspondencia. Durante los ocho años

que pasó en Krasic, escribió más de cinco mil cartas. En algunas empleaba un tono especialmente enérgico, cuando tenía que exhortar a sus sacerdotes a resistir las presiones de los mandos políticos para que se sumaran a las asociaciones de clérigos controladas por el régimen. Veía el daño que tales manejos causarían a la catolicidad y unidad de la Iglesia, que para él era lo más sagrado. Aunque rogaba a los destinatarios que destruyesen sus cartas, algunos las conservaron. Quizá lo más llamativo en la correspondencia de Stepinac está en sus referencias a los guardianes: rezaba por ellos constantemente. El proceso de beatificación ha confirmado que en los escritos del cardenal no se ha encontrado una palabra de resentimiento contra sus perseguidores.

En 1952, Pío XII anunció su decisión de hacer cardenal a Stepinac. El régimen yugoslavo reaccionó rompiendo las relaciones diplomáticas con la Santa Sede. Sin embargo, el Papa hizo efectivo el nombramiento al año siguiente.

El 5 de diciembre de 1959, Stepinac envió una carta al gobierno yugoslavo en la que hacía constar los malos tratos de que había sido objeto. En ella escribió: «Los guardias pueden continuar vigilándome, según vuestras instrucciones, para hacerme la vida imposible. Yo, con la gracia de Dios, seguiré adelante hasta el final, sin odiar a nadie, pero sin miedo de nadie». Murió dos meses después, el 10-II-1960. Para evitar que se encontraran pruebas que apoyaran los rumores de envenenamiento, se destruyeron las vísceras del cadáver. En 1996, los restos fueron exhumados y analizados por especialistas de la Congregación para las Causas de los Santos, que hallaron restos de veneno en sus huesos. Este descubrimiento fue el motivo de que la Congregación declarara mártir a Stepinac el 11-XI-1997.

El 14 de febrero de 1992, el Parlamento de la nueva Croacia independiente decidió por unanimidad rehabilitar la memoria del Card. Stepinac, junto con los demás condenados en los procesos políticos de aquella época, incluidos comunistas que fueron víctimas de las purgas. Sobre Stepinac, el Parlamento afirmó que el cardenal «fue condenado, pese a ser inocente, porque había rehusado realizar el cisma eclesial que le ordenaban los gobernantes comunistas», y «porque actuó contra la violencia y los crímenes de los gobernantes comunistas, como había hecho durante la II Guerra Mundial para

proteger a los perseguidos, con independencia del origen étnico y de las convicciones religiosas».

El Cardenal Alojzije Stepinac fue beatificado el 3 de octubre de 1999 por Juan Pablo II, a 38 años de su muerte. Fue un luchador incansable por la paz durante la Segunda Guerra Mundial, además de un valiente defensor de la dignidad del hombre y protector de la Iglesia en Croacia durante el régimen comunista. Juan Pablo II se ha referido a Stepinac llamándolo «baluarte de la Iglesia croata», que «resistió el yugo del comunismo en nombre de los derechos humanos y de la dignidad cristiana».

### **11. La Iglesia de Armenia. La más antigua nación cristiana martirizada por los turcos Otomanos (1914-1918).**

La Armenia se extiende hoy por Turquía, Georgia, Arzebaiján e Irán. Pero el pueblo armeno se había difundido en el curso de los siglos también en las naciones limítrofes especialmente en Turquía. Armenia es la nación más antigua que ha abrazado el Cristianismo. Esto sucedió en el siglo II cuando, hacia el año 300, un misionero cristiano, Gregorio, hecho pronto célebre (con el título de Gregorio el Iluminador), salvó y convirtió al soberano Tirídatís III al Cristianismo y a todo el País. El Cristianismo armeno fue siempre perseguido por los islámicos, pero entre el fin del siglo XIX y el comienzo del XX se desató un genocidio bestial, perpetuado por el Imperio Otomano Musulmán y por los «Jóvenes turcos» en perjuicio de las poblaciones armenas estacionadas de siempre en el territorio que comprendía la parte Noroeste de la actual Turquía y sobre las tierras del Norte del Imperio Persa hasta el fin de las cumbres del Cáucaso. En 1909 sucedieron las masacres en Cilicia. Treinta mil armenos fueron muertos. Entre diciembre de 1914 y febrero de 1915, la Comisión Central del Partido «Unión y Progreso» decidió el exterminio total de los armenos. Se crearon especiales batallones irregulares, llamados «Toheté», compuestos por muchos detenidos comunes liberados con este fin, que gozan de un poder casi absoluto. La eliminación sistemática recibió la señal de partida en 1915, que se fijó como fecha conmemorativa del genocidio, y el 25 de abril de 1945 notables armenos son arrestados y exterminados sin piedad por la única razón de ser



cristianos. El método es fácil y característico del Islán ya desde los tiempos de Mahoma: simple corte de cabeza. Los armenos residentes en la ciudad fueron llevados al campo y aquí exterminados de varios modos. Algunos armenos fueron ultimados con refinada crueldad propia islámica, como lo había escrito el Profeta a sus fieles en el sagrado libro del Corán: «Combatid a aquellos... a quienes se les dio la Escritura (o sea, los judíos y los cristianos) los cuales no profesan la religión de la verdad (que sería el islamismo) (*Corán*, Sura 9,30). Matad a los idólatras (o sea, aquellos que adoran a Cristo) en donde los encontréis (Sura p. 5). No los habréis matado vosotros. Es Allah quien los ha matado (Sura 8,17). Sea que vosotros vayáis al encuentro de la muerte, sea que os maten, hacia Allah será ciertamente vuestra vuelta» (Sura 3,158). Y fue en homenaje a estos delirantes principios coránicos que el resto de la población armenia fue deportada a la fuerza a Aleppo: a lo largo del camino los prisioneros, dejados sin alimentos ni agua murieron a millares o por la brutalidad o quemados vivos.

Entre estas víctimas se recuerda el heroico Arzobispo Armeno Católico de Nardín, **Mons. Ignacio Malogán**, que un día vio la propia sede rodeada por soldados turcos que de inmediato lo arrestaron, junto con numerosos sacerdotes y laicos católicos que habían intentado defenderlo. En el tribunal, el jefe de la Policía Mamduc Bek propuso al Obispo pasar al Islam a cambio de la libertad. Mas el Obispo no aceptó. Entonces fue golpeado, torturado y condenado con 14 sacerdotes y 400 cristianos a caminar al desierto, hacia el exilio (y la muerte). En una parada del camino, el Obispo logró celebrar una santa Misa usando pedacitos de pan seco y alguna gota de vino. Al saber esto, Bek le insistió de nuevo al Obispos a pasarse al Islam, pero respondió así: «He vivido en la fe de Jesucristo y moriré en ella. ¡Yo estoy orgulloso de la Cruz de mi Dios y Señor!» Ante estas palabras Bek descargó su pistola en la cabeza del Mártir.

Al término de este plan criminal, se tuvieron estos resultados: de un millón a un millón y medio de armenos eliminados de la manera más atroz. En concreto, las dos terceras partes de la población armenia residente en el Imperio Otomano. Cerca de cien mil niños fueron arrebatados a las familias cristianas y educados en la fe musulmana.

Después que el pueblo armeno cristiano sobrevivió a la masacre, no superaba, (estamos al final del siglo XX) los 600.000 individuos. Desgraciadamente, la caída del régimen turco al final de la primera guerra mundial y la siguiente subida al poder del país de Kemal Atatürk, no cambió la situación; el genocidio de los armenos continuó y se concluyó en 1922 con el incendio de Mirne, última etapa de una masacre premeditada, ejecutada con resolución y ferocidad anticristianas, y que ha pasado a la historia con el infame nombre (que todavía hoy Turquía se obstina en no reconocerlo) de «*Genocidio de los Armenos*» perpetrado por los turcos musulmanes.

## **12. La «Guerra Santa» hace estragos entre los cristianos de Sudán (siglo XX).**

Los principios del Corán, que hemos citado se aplican literalmente en una «guerra santa», una «*yihad*», que todavía hoy cosecha miles de víctimas, entre los cristianos de Sudán. Sudán está formado por dos países distintos, unidos políticamente por convenios. El norte es árabe y musulmán. El sur es negro, cristiano y animista. De los 30 millones de habitantes, 21 millones (el 70%) son musulmanes; 5,5 millones (el 17%) son cristianos; 3,5 millones (el 12%) son animistas. En 1983, el régimen de Nimeiri pretendió imponer la «Shar'ia» o sea la Ley Islámica en todo el País, también entre los Cristianos del Sur; y cuando éstos se opusieron, el gobierno comenzó a bombardear sus villas, hospitales y escuelas y a deportar al Norte las mujeres y los niños en condición de esclavos. Se calcula, en realidad, que las personas actualmente detenidas como esclavas en el Sudán del Norte y abusadas en trabajos de menores y prostitución, son más de doscientas mil (200.000). Los cristianos del Sudán constituyen la población más digna de lástima del mundo: oprimidos, masacrados y olvidados de los medios de comunicación internacionales; *en los últimos 17 años, los musulmanes del Norte mataron más de dos millones de negros del Sur, pero ¿quién ha protestado? O, peor aún, ¿quién lo sabe?*

El gobierno islámico para combatir a los Cristianos del Sur ha provocado directamente la escasez, el hambre. Se incendiaron las cosechas del País, se envenenaron los pozos y se exterminaron los animales. Es la política de la tierra

quemada. «¡O te haces musulmán, traicionando a Cristo o mueres!» Pero de esta tragedia la opinión pública mundial no sabe nada. ¿Qué podemos hacer nosotros para ayudar a los Cristianos del Sudán? Podemos hacer dos cosas: Primero, hacer conocer por todos los medios el martirio que en el Sudán del Sur padecen nuestros hermanos cristianos y animistas. Segundo: rogar por ellos, uniendo nuestras plegarias a la de una joven esclava sudanesa, y después hecha Religiosa de las Misioneras Canosianas, la **Hermana Josefina Bakhita** y las plegarias del heroico Misionero del Sudán, **Mons. Daniel Comboni**, ambos proclamados Santos por Juan Pablo II. «¡Que desde el Cielo ellos velen sobre sus hermanos, obteniendo para ellos la Gracia divina de conservar la Fe en Jesús, Hijo de Dios, y el don de que sus sufrimientos cesen pronto!».

### **13. China: una incalculable muchedumbre de Mártires (1900-2000).**

China es un inmenso continente de más de mil trescientos millones de habitantes cuya mitad son agnósticos, o sea, no creen en ningún Dios. De la otra mitad, el 28% pertenecen a las religiones tradicionales chinas (confucionismo, taoísmo, etc.), el 8% al budismo, el 7,1% al Cristianismo. El Cristianismo llegó a China ya en el siglo VII, llevado por los misioneros nestorianos y después por los franciscanos, los cuales, en el siglo XIV fueron martirizados todos bajo la cruel dinastía de Ming. Después de un breve período de tolerancia, obtenidos por la presencia de los eruditísimos misioneros italianos, Padre Ruggieri y Padre Matteo Ricci, jesuitas, con la llegada de la dinastía Kanciú, que consideró a los cristianos como agentes del imperialismo occidental, las persecuciones religiosas volvieron a cobrar violencia y continuaron hasta el siglo XVIII.

Una célebre figura mártir de esta persecución fue el **Padre Gabriel Perboire**, de la Congregación de S. Vicente. Torturado de mil modos, fue procesado para obligarle a renunciar a Cristo. Estas fueron las valientes respuestas del Mártir: – «¿Eres un sacerdote cristiano?» –«Sí, soy sacerdote y predico esta religión». – «¿Quieres renunciar a tu fe?» –«No renunciaré jamás a la fe de Cristo». Fue escupido, golpeado y flagelado, exactamente como Jesús. Al final, como Jesús, fue crucificado. Murió perdonando y rogando por sus verdugos. Era el 11 de

septiembre de 1840. Fue proclamado Santo por Juan Pablo II el 2 de junio de 1996.

Al comienzo del siglo XIV, en China, se desencadenó la persecución de los «Boxers», banda de criminales difundida por toda China (que se propusieron eliminar a los cristianos (aún a los chinos) usando medios de una violencia inaudita. En esta persecución (que duró sólo dos meses) murieron cerca de treinta mil cristianos, entre los cuales cinco Obispos y muchos sacerdotes. Entre las torturas de los boxers había unos «caballetes» (inventados por ellos para suspender a los cristianos cuyo cuello era apretado entre dos tablas con un agujero en el medio) donde se los dejaba días y días, entre atroces dolores, hasta que sobrevénía la muerte. Entre los mártires de los boxers recordaremos al **Padre Alberico Crescitelli** del Pime de Milán, que para estar cerca de los cristianos rehusó esconderse. Por consiguiente, fue apresado por los boxers y golpeado hasta sangrar. Finalmente fue decapitado. Pío XII lo beatificó. Igual suerte que al Padre Crescitelli les tocó a los cristianos de la Comunidad dirigida por el **Padre Franciscano Cecidio Ciacomantonio**, que fue quemado vivo delante de sus fieles y al **Obispo Antonio Fantosati**, matado por los boxers, después de inenarrables torturas el 6 de julio de 1900. En Shansi los boxers masacraron a una Comunidad entera de Religiosas Franciscanas Misioneras de María, de las cuales recordamos a la Superiora, **Madre Ermelina de Jesús**. En aquellos mismos días los boxers martirizaron en Hopeh, a todos los seminaristas que encontraron, junto con más de cinco mil cristianos chinos, de los cuales 56 fueron beatificados en 1951.

Terminada la breve, pero cruenta persecución de los boxers, al comienzo del siglo XX, los cristianos chinos fueron perseguidos por bandas errantes de japoneses, comunistas y distintos criminales. La sangre de los mártires continuaba a correr (especialmente entre los cristianos chinos pobres del campo), como certificaba el Padre César Mercattini del Pime, el cual, durante una visita a los campesinos pobres de Henan, terminó el mismo por ser matado con un golpe de bayoneta el 22 de septiembre de 1934.

Es en estos años que en China se organiza la «Armada Roja Comunista», que desata una de las más crueles persecuciones jamás vista en el Cristianismo. Los

Misioneros Católicos, además de anunciar el Evangelio, ayudan a los pobres campesinos de todas las maneras posibles, procurándoles trabajo, hospitales y escuelas. Pero eso no agradó a los comunistas. En 1941, el Obispo de Kaibeng, en Menan, **Mons. Antonio Barosi**, fue arrestado por los comunistas, ahogado y arrojado en un pozo. De los tres sacerdotes que estaban con él, el Padre Zanardi sufrió la misma suerte, mientras que el Padre Lazaroni fue sepultado vivo. Del tercero, Padre Bruno Zanelli, sabemos que murió entre atroces dolores. Los comunistas le habían echado en la boca gran cantidad de aceite hirviendo. Después lo arrojaron en el pozo. Luego de ellos, el ejército de los mártires se agrandó.

Aquí queremos recordar sólo al **Padre Mauricio Tornay**, matada esta vez, no por los comunistas, sino por los Lama tibetanos. Estos y otros son los primeros mártires cristianos del comunismo chino, a los cuales se unirán millares y millares de otros, todos matados porque querían permanecer fieles a Cristo y al Papa.

Desde 1947 se procedió a la destrucción de los Conventos religiosos y la matanza de los Religiosos. Célebre fue la supresión del monasterio trapense de Yang Kia Ping, con la matanza de 18 monjes, algunos de los cuales se encontraron decapitados, con la cabeza aplastada. Cuando a jefe del indiscutido Partido comunista chino subió el famoso Mao Tse Tu (Zedong), la persecución contra los Cristianos recrudesció (pero no sólo contra ellos: Mao acusó a los Obispos fieles al Papa de ser espías del extranjero y quiso la creación de una iglesia llamada «iglesia patriota», separada de Roma y sometida al régimen comunista. Mientras tanto, los Obispos, sacerdotes y los fieles que heroicamente permanecieron fieles al Papa fueron arrestados, obligados a vivir en clandestinidad. Se debe saber que en los años 1940-1950 (no obstante las distintas persecuciones) los sacerdotes chinos habían aumentado enormemente en número, llegando el de misioneros a un total de alrededor de 6.000 sacerdotes.

Fue entonces cuando los comunistas golpearon duramente, especialmente a los Obispos nativos de China. He aquí alguno de los mártires: el Obispo de Sanghay **Ignacio Kung Pinmei**, que fue arrestado porque defendía los derechos de la Iglesia, torturado y recluido en la prisión, donde permaneció treinta años.

Con él fueron arrestados centenares de fieles, laicos y sacerdotes, entre los cuales el **Padre Bede Tsang**, internado en un hospital, donde se lo encontró muerto, con el rostro irreconocible por los golpes recibidos; el **Padre Pedro Sun Shih**, suspendido de las muñecas por seis días hasta que murió con atroces dolores.

Después de la manifestación contra la dictadura en la plaza de Tianamen de 1989, el gobierno cargó más la mano contra los cristianos. Víctima célebre de la nueva hondada de persecuciones fue el Obispo **Fan Xueyan**, sometido a dura cárcel por haberse rehusado a participar en la «Asociación Patriótica», muriendo el 13 de abril de 1992; y el **Cardenal Ignacio Kung Pinmei**, muerto en 1999 en el destierro, luego de 33 años de cárcel.

Al final del siglo (año 2000, pero también después) la represión comunista de la Iglesia fiel al Papa recrudesció. Víctimas recientes son los Obispos de Cantón, Mons. Domingo Tang Yin Ming y el valiente Padre Tan Tiende que sufrieron horribles torturas y decenas de años de dura cárcel. Pero tras estos ejemplos de *Obispos y sacerdotes chinos está la incalculable muchedumbre de cristianos chinos*, que ponen en peligro diariamente la libertad y la vida misma por su fidelidad a Cristo y a la verdadera Iglesia, la cual es hoy, en China, la verdadera «Iglesia de los Mártires», no obstante las continuas persecuciones y homicidios (recordamos que China es la única nación donde los derechos humanos son mayormente conculcados y donde las condenas a muerte superan todo posible control) según el exacto y documentado libro «*Reseña 2004 sobre la libertad religiosa en el mundo*», editado por ACS («*Aiuto alla Chiesa che soffre*») los cristianos en China son todavía hoy 89.055.551, o sea casi noventa millones, que representan el 7,1% de la población china, cifra no pequeña si pensamos que el 50% de chinos son ateos o agnósticos.

Al término de esta breve pero densa exposición sobre la situación dolorosa de la Iglesia en China, sentimos el deber de agradecer al gran chinólogo Padre Giancarlo Polito, misionero del Pime, por la ayuda que con tanta bondad y competencia, ha querido darnos; y de invitar a todos los cristianos que ahora conocen estas cosas a rogar para que Jesús pueda pronto reinar libremente en las almas de estos hermanos nuestros en la Fe.

\* \* \*

## Conclusión

Para terminar esta rápida reseña sobre el martirio de los cristianos en los últimos cien años (1900-2000), es necesario reconocer, con inmenso dolor, que la persecución continúa todavía hoy. Continúa por obra de los regímenes comunistas restantes (China, Cuba, Corea del Norte, Vietnam); por obra de la masonería anticristiana y por obra del expansionismo islámico ya casi irresistible.

Es una alarma mundial: la persecución contra los cristianos se está acrecentando prácticamente en todo el planeta. Todavía hoy, ante la indiferencia de los medios de comunicación y de las mismas Naciones Unidas, millones y millones de cristianos son discriminados, oprimidos y eliminados. Las presentes persecuciones tienen diversas tácticas:

1) *La discriminación ideológica.* En muchos países, aún de tradiciones cristianas, como Italia y Francia, está en práctica una sutil (pero pesada) obra de desprestigio del cristianismo, conducida por los medios de comunicación, por distorsionada historiografía hecha a propósito en las escuelas y en las novelas y en el cine. Se tiende a poner de manifiesto los inevitables errores de los hombres de Iglesia, pero se calla el inmenso bien que la Iglesia en cuanto tal ha hecho durante siglos (¿quién recuerda hoy que los primeros hospitales y las primeras Universidades fueron obra de la Iglesia, con total ausencia de los Poderes civiles?). El resultado es que hoy se puede alardear de ser comunista o laicista, o feminista o cualquier cosa, sin ser ridiculizado, mientras que para declararse católico, se requiere un valor no común.

2) *La persecución legal:* actúa con la emanación de leyes restrictivas a la libertad de culto, de la enseñanza escolar, de obras caritativas y de la predicación del Evangelio. Esto sucede por ejemplo en Rusia, oficialmente no más comunista, donde la Iglesia Católica es considerada una secta y, como tal, privada de muchos derechos civiles.

La llamada «Democracia de los países Occidentales» (y de otros) no ha hecho nada, en realidad contra la promulgación de las leyes injustas (casi todas contra la doctrina de la Iglesia y contra los primeros derechos humanos) sólo ¿porqué han sido votadas por la mayoría? Si 2 más 2 son 4, ninguna votación popular podrá decidir que son 5 o 3: ¡La verdad no se mide con votos! Y aún en Italia y otras naciones llamadas civilizadas) se han hecho «legales»: se hacen, dicen, para proteger con leyes del Estado, verdaderos y reales crímenes, como la muerte de los niños inocentes antes de nacer (aborto); y el desastre de las familias causado por la Ley de divorcio, con todas las trágicas consecuencias para los hijos, que presenciamos cada vez más. Sí, el Cristianismo hoy es, en casi todo el mundo «legalmente perseguido», porque esas leyes, como leyes, son realmente (y tal vez intencionalmente) dirigidas contra aquel que es precisamente cristiano.

3) *La persecución física.* Como refiere la Agencia ACS (Ayuda a la Iglesia que sufre), fundada por el conocido Padre Werenfied Van Straaten, más conocido por el cariñoso nombre de «Padre Tocino», un Profesor de Estadística Estadounidense, David B. Barret de Richmond, afirma que los Mártires Cristianos por la Fe habrían subido en el año 2001 (por lo tanto ya terminado el siglo XX) a casi 165.000 especialmente en la India, Sudán, Indonesia, Timor Este y Egipto. Aproximadamente el 10% de los cristianos en el mundo son perseguidos. Esto significa *que todavía hoy alrededor de 200 millones de cristianos* sufren y mueren a causa de su fe en Cristo. En Cuba ha habido un recrudecimiento contra la Iglesia, aún con condenas a muerte. En África, la actividad de los misioneros es cada vez más a riesgo de su vida. En Sudán, en Burundi, en el ex Congo, en Argelia, etc., la situación se ha hecho dramática, también porque algunos grupos armados se han transformado en bandas y no obedecen a ninguna autoridad, y se aumenta el número de los misioneros asesinados.

*A la mayor gloria de Dios.*



## **SERÁ BEATIFICADO EN OCTUBRE EL CAMPESINO AUSTRIACO QUE DESAFIÓ A HITLER**

### **Franz Jägerstätter será elevado a los altares el 26 de octubre de 2007**

CIUDAD DEL VATICANO, lunes, 16 julio 2007(ZENIT.org).- El 26 de octubre de 2007 será beatificado Franz Jägerstätter, el campesino austriaco que desafió a Adolf Hitler, reconocido como mártir por Benedicto XVI.

Franz Jägerstätter, casado con Franziska y padre de tres hijos, fue decapitado el 9 de agosto de 1943, a los 36 años, por su oposición pública a Hitler y al nazismo en nombre de su fe.

Había sido reclutado por el ejército del Tercer Reich, pero él se opuso citando las palabras de san Pedro: «Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres».

Había leído la encíclica «Mit Brennender Sorge» de 1937 en la que el Papa Pío XI escribía: «Ningún poder coercitivo del Estado, ningún ideal puramente terreno, por grande y noble que en sí sea, podrá sustituir por mucho tiempo a los estímulos tan profundos y decisivos que provienen de la fe en Dios y en Jesucristo».

Fue guillotinado el 9 de agosto de 1943, en Berlín, en la misma cárcel en la que fue ahorcado el teólogo protestante Dietrich Bonhöffer. En su testamento dijo: «Escribo con las manos atadas, pero prefiero esta condición a tener encadenada mi voluntad».

## **BEATIFICACIÓN, EN ROMA, DE 498 MÁRTIRES DE LA PERSECUCIÓN RELIGIOSA ESPAÑOLA**

MADRID, viernes, 27 abril 2007 (ZENIT.org).- El próximo otoño serán beatificados en Roma 498 fieles de los muchos miles que dieron su vida por amor a Jesucristo en España durante la persecución religiosa de los años treinta –período histórico de la guerra civil- del siglo XX.

«De los del siglo XX en España, 479 han sido beatificados en once ceremonias a partir de 1987, y 11 de ellos son ya santos», recuerdan.

Estos 498 mártires dieron su vida, en diversos lugares de España, en 1934, 1936 y 1937.

Son los obispos de Cuenca y de Ciudad Real, varios sacerdotes seculares, numerosos religiosos y religiosas, seminaristas y laicos, jóvenes, casados, hombres y mujeres.

Casi medio millar reunidos en una única celebración, y, como en las anteriores ocasiones, «cada caso ha sido estudiado por sí mismo con todo cuidado a lo largo de años», aclaran los obispos españoles.

Consideran que esta próxima beatificación representa «una hora de gracia para la Iglesia que peregrina en España y para toda la sociedad», como «nuevo estímulo para la renovación de la vida cristiana» especialmente «en estos momentos en los que, al tiempo que se difunde la mentalidad laicista, la reconciliación parece amenazada en nuestra sociedad».

Y es que «los mártires, que murieron perdonando, son el mejor aliento para que todos fomentemos el espíritu de reconciliación», subrayan los miembros de la Conferencia Episcopal Española.

«Los mártires están por encima de las trágicas circunstancias que los han llevado a la muerte -recalcan-. Con su beatificación se trata, ante todo, de glorificar a Dios por la fe que vence al mundo».

Todos tienen en común que «fueron hombres y mujeres de fe y oración, particularmente centrados en la Eucaristía y en la devoción a la Santísima Virgen»; «eran apóstoles y fueron valientes cuando tuvieron que confesar su condición de creyentes; disponibles para confortar y sostener a sus compañeros de prisión; rechazaron las propuestas que significaban minusvalorar o renunciar a su identidad cristiana».

Igualmente, los próximos beatos «fueron fuertes cuando eran maltratados y torturados –recuerda el episcopado español-; perdonaron a sus verdugos y rezaron por ellos; a la hora del sacrificio, mostraron serenidad y profunda paz, alabaron a Dios y proclamaron a Cristo como el único Señor».